

# ¡Vivir!

Ayn Rand



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## ¡Vivir!

Rand, Ayn

Novela

Se reconocen los derechos morales de Rand, Ayn.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## Capítulo 1

Escribir estas cosas es un pecado. Es un pecado pensar palabras que nadie más piensa y escribirlas en un papel que los otros no han de ver. Es bajo y perverso. Es como si habláramos solos, para nuestros oídos únicamente. Y sabemos muy bien que no existe mayor transgresión que el obrar y pensar solos. Hemos infringido las leyes. Las leyes que dicen que los hombres no deben escribir a menos que el Consejo de las Vocaciones se los demande. ¡Qué nos perdonen!

Pero ésta no es nuestra única culpa. Hemos cometido un delito más grave, un delito que no tiene nombre. No sabemos qué castigo nos espera si nos descubren, porque ninguno de los hombres lo ha cometido nunca y no hay leyes que lo tengan previsto.

Está oscuro aquí. La llama de la vela está quieta en el aire. Nada se mueve en este túnel, excepto nuestra mano sobre el papel. Estamos solos, aquí bajo la tierra. Es una palabra temible, solos. Las leyes dicen que ninguno entre los hombres debe estar solo, siempre y en todo momento, porque ésta es la máxima transgresión y la raíz de todos los males. Pero hemos quebrantado muchas leyes. Y ahora, aquí, está sólo nuestro único cuerpo, y es extraño ver solamente dos piernas extendidas en el suelo, y en la pared la sombra de una sola cabeza.

Los muros tienen grietas y el agua se desliza sobre ellos en pequeños hilos silenciosos, negros y brillantes como la sangre. Robamos una vela en la despensa de la Casa de los Barrenderos. Si nos descubren nos condenarán a diez años en el Palacio de la Detención Correccional. Pero esto no importa. Importa sólo que la luz es preciosa y que no debemos desperdiciarla para escribir, cuando nos hace falta para el trabajo que es nuestro delito.

Nada importa excepto el trabajo, nuestro secreto, maligno, precioso trabajo. Aún así, tenemos que escribir, porque —¡que el Consejo tenga piedad de nosotros!— deseamos hablar por una vez a oídos que no sean los nuestros.

Nuestro nombre es Igualdad 7-2521, como está escrito en el brazalete de hierro que cada uno de los hombres lleva en la muñeca izquierda con sus nombres en él. Tenemos veintiún años. Nuestra estatura es de un metro noventa, y esto es una carga



porque no hay muchos hombres que midan un metro noventa de altura. Los Maestros y los Jefes siempre apuntan a nosotros con el ceño fruncido y dicen: «Hay algo maligno en sus huesos, Igualdad 7-2521, porque su cuerpo ha crecido más que los de sus hermanos». Pero nosotros no podemos cambiar nuestros huesos o nuestro cuerpo.

Nacimos con una maldición. Que siempre nos arrastra hacia pensamientos prohibidos. Que siempre nos hace sentir deseos que los hombres no deben experimentar. Sabemos que somos malvados, pero no tenemos voluntad ni la fuerza para resistir. Nos asombra, es nuestro miedo secreto, que sabemos y no oponemos resistencia.

Tratamos de ser como nuestros hermanos, porque todos los hombres debemos ser iguales.

Sobre el portal del Palacio del Consejo Mundial hay palabras grabadas en el mármol, las cuales nos repetimos cada vez que nos asalta la tentación:

«Somos uno en todos y todos en uno.

No hay hombres, solamente el gran NOSOTROS,  
Uno, indivisible y para siempre».

Nos repetimos esto, pero no nos sirve de ayuda.

Estas palabras fueron esculpidas hace mucho tiempo. Hay un musgo verde en las muescas de las letras y rayas amarillentas en el mármol, que vienen de más años de los que los hombres pueden contar. Y estas palabras son verdad, porque están escritas en el Palacio del Consejo Mundial, y el Consejo mundial es el cuerpo de toda la verdad. Así ha sido desde el Gran Renacimiento, y desde tiempo lejano e inmemorable.

Pero no debemos hablar nunca de los tiempos que precedieron al Gran Renacimiento, pues de hacerlo sufriríamos condena de tres años en el Palacio de Detención Correccional. Es algo que sólo Los Viejos murmuran por la noche, en la Casa de los Inútiles. Ellos susurran cosas extrañas e inconcebibles sobre torres que se erguían hasta el cielo, en aquellos Tiempos Innombrables; hablan de vagones que se movían sin caballos, y de luces que ardían sin llama. Pero aquellos tiempos eran malignos. Y aquellos tiempos pasaron cuando los hombres vieron la Gran Verdad, que es ésta: todos los hombres son uno y no hay más voluntad que la de todos los hombres unidos.

Todos los hombres son buenos y sabios. Sólo nosotros, Igualdad 7-2521, sólo nosotros nacimos con una maldición. Si miramos a nuestro pasado, vemos que siempre ha sido así y que esto nos ha llevado poco a poco a la última, suprema transgresión, a nuestro delito de los delitos escondido aquí bajo tierra.

Recordamos la Casa de los Niños, donde vivimos hasta los cinco años, junto a todos los demás hijos de la Ciudad, nacidos en el mismo año. Los dormitorios eran blancos y limpios desnudos de todo excepto las cien camas. Nosotros éramos como nuestros hermanos entonces, con una excepción: peleábamos con ellos. Pocas ofensas



hay más graves que el pelear con nuestros hermanos, a cualquier edad y por cualquier motivo. El Consejo de la Casa nos lo dijo, y entre todos los niños de aquel año nosotros fuimos a los que nos encerraron en el sótano con más frecuencia.

Cuando cumplimos cinco años nos mandaron a la Casa de los Estudiantes, donde hay diez tutores para nuestros diez años de enseñanzas. Los hombres deben estudiar hasta los quince años. Luego van a trabajar. En la Casa de los Estudiantes nos levantábamos cuando la gran campana tocaba en la torre y nos acostábamos cuando tocaba de nuevo. Antes de desnudarnos, de pie en el gran dormitorio, levantábamos el brazo derecho y decíamos todos juntos con los tres maestros jefes de la estancia:

«Nosotros no somos nada. La humanidad lo es todo. Nuestros hermanos nos permiten vivir nuestras vidas. Existimos por ellos, al lado de ellos y para ellos que son el Estado. Amén».

Luego dormíamos. Los dormitorios eran blancos y limpios y desnudos de todo excepto las cien camas.

Nosotros, Igualdad 7-2521, no fuimos felices en esos años en la Casa de los Estudiantes.

Y no es porque aprender fuera difícil para nosotros. Al contrario, era demasiado fácil. Es un gran pecado nacer con una mente demasiado rápida. No está bien ser distinto de nuestros hermanos, es maligno ser superior a ellos. Los Maestros nos lo decían y fruncían el ceño al mirarnos.

Luchamos contra esta maldición. Tratábamos de olvidar las lecciones, pero las recordábamos siempre. Intentamos no comprender lo que explicaban los Maestros, pero lo entendíamos siempre, aun antes que ellos lo dijeran. Mirábamos a Unión 5-3992, que era un muchacho pálido y poco listo, y procurábamos hablar y actuar como ellos, para poder ser iguales, pero de alguna manera los Maestros se daban cuenta de que no era así. Y nos azotaban con más frecuencia que a los otros.

Los Maestros eran justos, porque habían sido designados por los Consejos, y los Consejos son la voz de la justicia, porque son la voz de todos los hombres. Y si alguna vez, en la secreta oscuridad de nuestro corazón, añoramos lo que nos ocurrió al cumplir los quince años, sabemos que la culpa fue nuestra. Habíamos violado la ley por no haber escuchado las palabras de nuestros Maestros. Ellos nos habían dicho:

«No se atrevan a elegir en su mente el trabajo a que desearían hacer al dejar la Casa de los Estudiantes. Harán lo que les mande el Consejo de las Vocaciones. Porque el Consejo de las Vocaciones sabe, en su gran sabiduría, dónde son necesitados por sus hermanos, mucho mejor de lo que ustedes pueden saberlo en sus indignas e insignificantes mentes. Y si no son necesitados por sus hermanos, no hay razón para que sus cuerpos estorben en la tierra».



Nosotros aprendimos bien esto, en los años de nuestra niñez, pero nuestra maldición quebró nuestra voluntad. Nosotros éramos culpables y lo confesamos aquí: nosotros éramos culpables de la gran Transgresión de la Preferencia. Preferíamos algún trabajo y algunas lecciones sobre otras. Nosotros no prestamos atención a la historia de todos los Consejos electos desde el Gran Renacimiento. Pero amábamos la Ciencia de las Cosas. Queríamos saber. Queríamos saber sobre todas las cosas que componen la tierra a nuestro alrededor.

Preguntamos tantas cosas que los Maestros nos lo prohibieron.

Pensamos que hay misterios en el cielo y debajo del agua y en las plantas que crecen. Pero el Consejo de los Estudiosos dijo que no existen misterios, y él lo sabe todo. Y aprendimos muchas cosas de nuestros Maestros. Aprendimos que la tierra es plana y que el sol da vueltas a su alrededor ocasionando el día y la noche. Aprendimos el nombre de todos los vientos que soplan sobre el mar y empujan las velas de nuestros navíos. Aprendimos a sacar sangre a los hombres para curar todas sus enfermedades.

Amábamos la Ciencia de las Cosas. Y en la oscuridad, en la hora secreta, cuando nos despertábamos de noche y no había hermanos a nuestro alrededor, sino sólo sus blancas formas en las camas y su pesada respiración, cerrábamos los ojos, apretábamos los labios y casi no respirábamos para no dejar a nuestros hermanos vernos, oírnos o adivinar, pensábamos que deseábamos ser enviados a la Casa de los Estudiosos cuando llegara el momento.

Todos los grandes inventos modernos salen de la Casa de los Estudiosos, como el más reciente, descubrieron, hace apenas un siglo, cómo fabricar velas con cera y un cordelito; además, cómo hacer vidrio, para colocarlo en nuestras ventanas y protegernos de la lluvia.

Y para hallar estas cosas los Estudiosos deben escudriñar la tierra y aprender de los ríos, de las arenas, de los vientos y de las rocas. Y si nosotros hubiéramos ido a la Casa de los Estudiantes, también habríamos podido aprender. Podríamos haberles preguntado a las cosas, porque las cosas no prohíben las preguntas.

Y las preguntas no nos conceden reposo. No sabemos por qué nuestra maldición nos hace buscar no sabemos qué, siempre, siempre. Pero no podemos resistirnos. Murmuran a nuestro oído que existen cosas grandiosas en este mundo y que podríamos conocerlas sólo con intentarlo y que debemos conocerlas. Nos preguntamos por qué debemos saber, pero no hay respuesta para nosotros. Debemos saber lo que debemos saber.

Por eso deseábamos que se nos enviara a la Casa de los Estudiosos. Lo deseábamos de tal modo que las manos nos temblaban por la noche bajo las mantas y nos mordíamos el brazo para calmar ese otro sufrimiento que no podíamos soportar. Estaba mal hecho y por la mañana no nos atrevíamos a mirar a nuestros hermanos a la



cara. Porque los hombres no deben desear nada para sí mismos. Y fuimos castigados cuando el Consejo de las Vocaciones nos dio nuestros Mandatos de Vida que imponen a los que tienen quince años su oficio para el resto de su existencia.

El Consejo de las Vocaciones llegó el primer día de primavera y se sentó en la gran sala, y nosotros, de quince años, y todos los Maestros nos trasladamos a la gran sala. El Consejo de las Vocaciones estaba sentado en una alta cátedra y decía sólo dos palabras a cada estudiante. Llamaban por su nombre a los estudiantes, y cuando llegaban ante ellos uno detrás de otro, el Consejo decía: «Carpintero» o «Médico» o «Cocinero» o «Jefe» y cada estudiante decía: «Hágase la voluntad de nuestros hermanos».

Si el Consejo había dicho «Carpintero» o «Cocinero» los estudiantes destinados a tal oficio iban al trabajo y no tenían que estudiar más. Si el Consejo había dicho «Jefe» entonces los estudiantes iban a la Casa de los Jefes, que es la más alta de la ciudad porque tiene tres pisos. Y allí estudian durante varios años para poder llegar a ser candidatos para ser elegidos en el Consejo de la Ciudad, en el Consejo de Estado y en el Consejo del Mundo, con el voto libre y universal de todos los hombres. Pero nosotros no deseábamos ser Jefe, aunque esto sea un gran honor. Deseábamos ser un Estudioso.

Esperábamos nuestro turno en la gran sala cuando escuchamos al Consejo de las Vocaciones pronunciar nuestro nombre: «Igualdad 7-2521». Bajamos por el pasillo hacia la cátedra; nuestras piernas no temblaban y nuestros ojos miraban fijamente al Consejo. El Consejo estaba compuesto por cinco miembros, tres de sexo masculino y dos del femenino. Sus cabellos eran blancos, los rostros agrietados como el barro de un árido lecho de río. Eran viejos.

Parecían más viejos de lo que pueden serlo los hombres, parecían viejos como el mármol del Templo del Consejo del Mundo. Estaban sentados delante de nosotros y no se movían.

Y nosotros no veíamos moverse ni un pliegue de sus togas por efecto de la respiración. Pero nos dimos cuenta de que estaban vivos porque un dedo del más viejo se levantó para volver a caer en seguida. Aquello era lo único que se movía, porque los labios del más viejo no se despegaron cuando dijeron: «Barrendero».

Notamos un tirón de los tendones del cuello mientras nuestra cabeza se levantaba para mirar a la cara a los del Consejo, y experimentamos una sensación de felicidad. Reconocíamos haber sido culpables, pero ahora teníamos medios de remediarlo. Aceptaríamos el Mandato de Vida de todo corazón, trabajaríamos para nuestros hermanos, alegres y de buena gana, y borraríamos nuestro pecado contra ellos, que ellos ignoraban, pero nosotros conocíamos perfectamente. Y nos sentíamos felices y orgullosos de nosotros y de nuestra victoria sobre nosotros mismos. De modo que



levantamos el brazo y hablamos, y nuestra voz fue la más clara y firme que se oyó aquel día en la sala.

Dijimos:

«Hágase la voluntad de nuestros hermanos».

Y fijamos la mirada en los ojos de los Consejeros, pero sus ojos eran como fríos botones de vidrio azul.

Fuimos a la Casa de los Barrenderos. Es una casa gris en una calle estrecha. Hay un reloj de sol en el patio y por él el Consejo de la Casa puede decir las horas del día y sabe cuando debe tocar la campana. Cuando ésta toca salimos todos de la cama; el cielo tiene un color verde y frío en nuestras ventanas que miran hacia el este. La sombra del reloj solar marca media hora mientras nos vestimos y desayunamos en el comedor que tiene cinco mesas largas con veinte platos de loza y veinte tazas de loza en cada una. Luego vamos al trabajo por las calles de la Ciudad, con nuestras escobas y nuestros rastrillos. Después de cinco horas, cuando el sol ya está alto, regresamos a la Casa y comemos la comida del mediodía, para lo cual disponemos de media hora. Luego volvemos al trabajo. Después de cinco horas, las sombras son azules en las aceras y el cielo es azul con una brillante profundidad que no emana luz. Regresamos y tenemos una cena que dura una hora. Luego suena la campana y marchamos en fila hacia uno de los Salones de la Ciudad, para una Reunión Social. Otras filas de hombres arriban de las Casas de diferentes Oficios. Las velas están encendidas y los Consejos de las distintas Casas se colocan en un púlpito y nos hablan de nuestros deberes y nuestros hermanos. Después Jefes visitantes suben al púlpito y nos leen los discursos que fueron pronunciados ese día en el Consejo de la Ciudad, porque el Consejo de la Ciudad representa a todos los hombres y todo lo que los hombres deben saber. Luego cantamos los Himnos. El Himno de la Fraternidad, el Himno de la Igualdad, el Himno del Espíritu de la Colectividad. El cielo es de un púrpura intenso cuando volvemos a la Casa. Entonces la campana suena y caminamos en una fila recta hacia el Teatro de la Ciudad para tener tres horas de Recreo Social. Se representa una obra en la que intervienen dos grandes coros de la Casa de los Actores, que hablan y contestan todos juntos con voces potentes. Las obras son sobre el trabajo y lo bueno que es. Volvemos a la Casa en fila. El cielo es como un negro cedazo horadado por gotas plateadas y trémulas a punto de caerse. Las mariposas nocturnas chocan contra los faroles de las calles. Nos acostamos y dormimos hasta que vuelve a sonar la campana. Los dormitorios son blancos y limpios y desnudos de todo, excepto las cien camas.

Así vivimos durante cuatro años, hasta que hace dos primaveras empezó nuestro crimen.

Así viven los hombres hasta los cuarenta años. A esa edad sus cuerpos están encogidos como hongos secos y les duelen los huesos. A los cuarenta se les manda a la Casa de los Inútiles donde viven los Viejos. Los Viejos no trabajan porque el Estado



se encarga de ellos; se sientan al sol en verano, junto al fuego en invierno. No hablan mucho porque están cansados y sus ojos son lacrimosos. Los viejos saben que han de morir pronto. Cuando ocurre un milagro y algunos viven hasta los cuarenta y cinco años, se les llama Ancianos, y los niños les miran asombrados al pasar por delante de la Casa de los Inútiles. Esta debe ser nuestra vida y la de nuestros hermanos y la de los hermanos que nos precedieron.

Así debía haber sido nuestra vida, si no hubiésemos cometido el gran delito que ha cambiado todo para nosotros. Y fue nuestra maldición la que nos empujó a esto. Habíamos sido un buen Barrendero como todos los demás, salvo por nuestro maldito deseo de saber. Mirábamos demasiado tiempo las estrellas en la noche, los árboles y la tierra bajo nuestros pies.

Y cuando limpiábamos el patio de la Casa de los Estudiosos, recogíamos las ampollas de vidrio y los pedazos de hierro y los huesos disecados entre los desechos que ellos habían tirado. Deseábamos guardar aquellos objetos y estudiarlos, pero no teníamos sitio donde esconderlos. Por cuya razón los llevábamos al Lugar de los Desechos de la Ciudad, y allí hicimos el gran descubrimiento.

Era un día de la penúltima primavera. Nosotros, los Barrenderos, trabajábamos en grupos de a tres, y estábamos con Unión 5-3392, los de escasa inteligencia, y, con Internacional 4-8818. Unión 5-3992 están enfermos y a veces tienen convulsiones, la boca se les llena de espuma y sus ojos se ponen en blanco. Pero Internacional 4-8818 son distintos. Son altos, jóvenes y fuertes, sus ojos son parecidos a las luciérnagas, porque hay risa en ellos. No podemos mirar a Internacional 4-8818 sin sonreírnos nosotros también. Por ello no eran bien vistos en la Casa de los Estudiantes, puesto que no es correcto sonreír sin razón. Además, no eran bien vistos porque recogían pedazos de carbón y hacían dibujos en las paredes, y eran dibujos que hacían reír a los hombres. Pero sólo nuestros hermanos de la Casa de los Artistas tienen permiso para dibujar, así que Internacional 4-8818 fueron enviados a la Casa de los Barrenderos como nosotros.

Internacional 4-8818 y nosotros éramos amigos. Es maligno decir esto, porque es una Transgresión, la gran Transgresión de la Preferencia, la de amar a una persona más que a otras, porque debemos amar a todos los hombres y todos los hombres son nuestros amigos. Por ello Internacional 4-8818 y nosotros no habíamos hablado nunca de esto. Pero lo sabíamos.

Lo comprendíamos cuando nos mirábamos a los ojos. Y cuando nos mirábamos así, sin hablar, comprendíamos también esas cosas, cosas raras que no pueden expresarse con palabras y que nos asustaban.

Así, pues, en aquel día de la penúltima primavera, Unión 5-3992 sufrieron un ataque de convulsiones en la periferia de la Ciudad, cerca del Teatro de la Ciudad. Los dejamos tendidos a la sombra de la tienda del Teatro y nos fuimos a acabar nuestro



trabajo con Internacional 4-8818. Llegamos juntos al gran barranco detrás del Teatro. Allí no hay más que árboles y matorrales. Se extiende hasta los pies de las montañas. Detrás de él hay un llano, y más atrás yace el Bosque Inexplorado, en la que los hombres no deben pensar.

Estábamos recogiendo los papeles y los trapos que el viento había llevado hasta allí desde el Teatro, cuando vimos una barra de hierro que salía de la tierra, entre la broza. Estaba vieja y oxidada por las muchas lluvias. Tiramos de ella con todas nuestras fuerzas, pero no conseguimos moverla. Entonces llamamos a Internacional 4-8818 y juntos cavamos la tierra alrededor de la barra.

De pronto la tierra cedió ante nosotros, y vimos una reja de metal sobre un orificio negro.

Internacional 4-8818 retrocedieron. Pero nosotros jalamos la reja y ésta cedió. Y entonces vimos una serie de aros de hierro como peldaños que conducían a una oscuridad sin fondo.

«Debemos bajar», dijimos a Internacional 4-8818.

«Está prohibido», nos contestó.

Dijimos: «El Consejo no sabe nada de este agujero, de manera que no puede estar prohibido».

Ellos respondieron: «Puesto que el Consejo no sabe de este agujero, no puede haber ninguna ley que permita entrar en él. Y todo cuanto no está permitido por la ley está prohibido».

Pero nosotros dijimos: «De todos modos iremos».

Estaban asustados, pero se quedaron observándonos mientras descendíamos.

Nos agarramos de los aros de hierro con las manos y con los pies. No podíamos ver nada debajo de nosotros. Arriba de nosotros el orificio abierto sobre el cielo se tornaba cada vez más pequeño hasta que tuvo el tamaño de un botón. Sin embargo, seguimos bajando. Luego nuestros pies tocaron el suelo. Nos restregamos los ojos porque no veíamos nada. Después nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero no podíamos creer lo que veíamos.

Ningún hombre de los que nosotros conocíamos podía haber construido aquel lugar y ni siquiera los hombres conocidos por nuestros hermanos que habían vivido antes que nosotros; y sin embargo, había sido construido por hombres. Era un gran túnel. Sus paredes eran duras y lisas al tacto, parecían de piedra, pero no era piedra. En el suelo había dos tiras largas de hierro, pero no era hierro, se sentía liso y frío como el vidrio. Nos arrodillamos y avanzamos arrastrándonos, nuestras manos seguían la raya de hierro para ver a dónde nos llevaba. Pero delante de nosotros no había sino una noche cerrada. Sólo las tiras de hierro relucían rectas y blancas, llamándonos a seguirlos. Pero no podíamos seguirlos porque perdíamos hasta el último tenue resplandor de luz detrás de nosotros. Dimos la vuelta y nos deslizamos hacia atrás con

la mano sobre la tira de hierro. Y el corazón nos latía en las yemas de los dedos con una locura absurda. Y entonces comprendimos.

Comprendimos de que aquel lugar era obra de los Tiempos Innombrables. Así, pues, era verdad, y aquellos Tiempos habían existido, y todas las maravillas de aquellos Tiempos también. Hace cientos y cientos de años los hombres conocían los extraños secretos que nosotros hemos perdido. Y pensábamos: «Éste es un lugar abominable. Los que tocan las cosas de los Tiempos Innombrables están condenados». Pero nuestra mano que apretaba el rastro mientras nos deslizábamos, sujetaba el hierro como si no quisiera dejarlo, cual si la piel de la mano estuviese sedienta e invocara del metal algún fluido secreto emanante de su frialdad. Y nuestra mano obraba así sin que nosotros lo quisiéramos.

Volvimos a la superficie de la tierra. Internacional 4-8818 nos miraron y dieron un paso atrás.

«Igualdad 7-2521», dijeron, «su rostro está blanco».

Mas nosotros no pudimos hablar y nos quedamos inmóviles, mirándolos.

Ellos retrocedieron, como si no se atreviesen a tocarnos. Luego sonrieron, pero su sonrisa no era de alegría, estaba perdida y suplicante. Nosotros todavía no podíamos hablar. Ellos dijeron:

«Reportaremos nuestro descubrimiento al Consejo de la Ciudad y ambos seremos recompensados».

Y entonces hablamos nosotros. Nuestra voz era dura y despiadada. Dijimos:

«No reportaremos nuestro descubrimiento al Consejo de la Ciudad. No se lo reportaremos a nadie».

Ellos levantaron sus manos y se cubrieron los oídos, porque nunca habían escuchado palabras como éstas.

«Internacional 4-8818», preguntamos, «¿nos denunciarás al Consejo y verás cómo nos azotan hasta la muerte?».

Ellos se irguieron de pronto y contestaron:

«Antes moriremos».

«En ese caso», dijimos, «guarden silencio. Este lugar es nuestro. Nos pertenece a nosotros, Igualdad 7-2521, y a ninguno de los hombres en la tierra. Y si tuviéramos que cederlo daríamos con él nuestra vida también».

Entonces vimos que los ojos de Internacional 4-8818 brillaban llenos de lágrimas que no se atrevían a caer, ellos susurraron, y su voz temblaba de tal suerte que las palabras perdían su forma:

«La voluntad del Consejo está sobre todas las cosas porque es la voluntad de nuestros hermanos que es sagrada. Pero si ustedes los quieren así, los obedeceremos. Preferimos ser malos con ustedes que buenos con todos nuestros hermanos. Que el Consejo se apiade de nuestros dos corazones».

Luego regresamos juntos a la Casa de los Barrenderos. Y caminamos en silencio.

Así ocurre que cada noche, cuando las estrellas están más altas y los Barrenderos se sientan en el Teatro de la Ciudad, nosotros, Igualdad 7-2521, nos escapamos en silencio y echamos a correr en la oscuridad hasta nuestro refugio. Es fácil salir del Teatro; cuando se apagan las velas y los actores salen a escena, no hay ojos que puedan vernos cuando nos deslizamos debajo de las sillas y la lona de la carpa. Después es fácil moverse en las tinieblas y colocarse en fila junto a Internacional 4-8818, cuando todos salen del Teatro. Las calles están a oscuras y no hay transeúntes porque nadie puede recorrer la Ciudad si no tienen una misión que cumplir. Cada noche corremos hacia el barranco y quitamos las piedras que hemos amontonado sobre la reja de hierro para ocultarla de los ojos de los hombres. Cada noche, por tres horas, estamos bajo tierra, solos.

Hemos robado velas de la Casa de los Barrenderos, hemos robado pedernales, cuchillos y papel, y los hemos traído a este refugio. Hemos robado tubos de ensayo y polvos y ácidos de la Casa de los Estudiosos. Ahora nos sentamos en el túnel todas las noches durante tres horas y estudiamos. Fundimos metales, mezclamos ácidos y abrimos los cuerpos de los animales que encontramos en el Basurero de la Ciudad. Hemos construido un horno con los ladrillos que hemos recogido por las calles. Quemamos la madera que encontramos en el barranco. El fuego hace guiños en el horno y sombras azules danzan por las paredes, y no hay ruido de hombres que nos distraiga.

Hemos robado algunos manuscritos. Ésta es una ofensa grave. Los manuscritos son preciosos porque nuestros hermanos de la Casa de los Escribanos tardan un año en copiar un solo escrito con su letra clara y precisa. Los manuscritos son raros y se guardan en la Casa de los Estudiosos. Así, pues, nos sentamos debajo de la tierra y leemos los escritos robados.

Han transcurrido dos años desde que descubrimos este lugar. Y en estos dos años hemos aprendido más que en los diez años de la Casa de los Estudiantes.

Hemos aprendido cosas que no figuran en los escritos, hemos descubierto secretos acerca de los cuales los Estudiosos no saben nada. Hemos llegado a entender que es mucho lo desconocido y lo ignorado, y que muchas vidas no podrían conducirnos al final de nuestras investigaciones. No deseamos nada, salvo estar solos y aprender, y sentir que cada día nuestra mirada se torna más aguda que la del águila y más clara que el cristal de roca.

Los caminos del mal son extraños. Fingimos ante nuestros hermanos. Desafiamos la voluntad ante nuestros hermanos. Desafiamos la voluntad de nuestros Consejos. Nosotros solos, entre los miles que pueblan la tierra, nosotros solos en este momento, hacemos un trabajo que no tiene otro propósito que nuestro deseo de hacerlo. La maldad de nuestro crimen no puede ser juzgado por la mente humana. La naturaleza



de nuestro castigo, si la culpa llega a descubrirse, no puede ser decretada por un corazón humano. Nunca, ni siquiera en la memoria de los más Ancianos entre los Ancianos, hay hombres que hayan hecho lo que nosotros hacemos.

Sin embargo, no sentimos vergüenza ni arrepentimiento. Nos decimos que somos delincuentes y traidores, mas no sentimos ningún peso sobre nuestro espíritu, ningún temor en nuestro corazón. Nos parece que nuestro espíritu está limpio como un lago al que ningún ojo turba, excepto el del sol. Y en nuestro corazón —¡qué extraños son los caminos del mal!— en nuestro corazón ésta es la primera sensación de paz que hemos experimentado en veinte años.



## Capítulo 2

Libertad 5-3000... Libertad cinco-tres mil... Libertad 5-3000...

Deseamos escribir este nombre. Deseamos pronunciarlo, pero no nos atrevemos a decirlo en voz alta. Los hombres tienen prohibido fijarse en las mujeres y las mujeres tienen prohibido fijarse en los hombres. Pero nosotros pensamos en una sobre todas las mujeres, ellas cuyo nombre es Libertad 5-3000, y no pensamos en otras.

Las mujeres asignadas para el cultivo de la tierra viven en la Casa de los Campesinos, más allá de la Ciudad. Donde ésta termina hay una gran carretera que va serpenteando hacia el Norte y nosotros, los Barrenderos, hemos de tenerla limpia hasta la primera piedra miliar.

Hay un seto a lo largo del camino, y al otro lado se extienden los campos. Los campos son pardos y están arados, y se abren como un gran abanico ante nosotros, con sus surcos recogidos en una mano invisible detrás del horizonte. Se ramifican desde allí y, ensanchándose, vienen hacia nosotros negros surcos, relucientes de verdes y delgadas espigas. Las mujeres trabajan en los campos y sus blancas túnicas al viento semejan alas de gaviota volando sobre el suelo negro.

Allí vimos a Libertad 5-3000 caminando a lo largo de los surcos, su cuerpo era derecho y delgado como la hoja de una espada. Sus ojos eran oscuros, profundos y brillantes, no había miedo en ellos, ni gentileza ni culpa. Sus cabellos eran dorados como el sol, ondeaban al viento relucientes y salvajes, como si desafiaran a los hombres a controlarlos. Lanzaban la semilla con las manos como si se dignaran a derramar un don, y la tierra fuera unos mendigos a sus pies.

Nos quedamos inmóviles; por primera vez conocimos el miedo y la pena. Y nos quedamos inmóviles para no dispersar aquella pena más preciosa que el placer.

Luego oímos una voz de las otras que la llamaban «Libertad 5-3000», y ellas se volvieron y caminaron de vuelta. Así supimos su nombre y nos quedamos mirándolas mientras se alejaban, hasta que su blanca túnica desapareció en la niebla azul.

Al día siguiente, al llegar a la carretera del Norte, fijamos la vista en Libertad 5-3000 en el campo. Y cada día, desde entonces, conocimos el sufrimiento de la espera, y nuestro cuerpo padeció esperando esta hora en la carretera del Norte. Y allí miramos

cada día a Libertad 5-3000. No sabíamos si ellas también nos miraban, pero pensamos que sí.

Un día ellas llegaron hasta el seto y se volvieron hacia nosotros. Voltearon como en un torbellino y el movimiento de su cuerpo se detuvo en seguida cual si hubiese recibido un latigazo, tan rápidamente como había empezado. Se quedaron inmóviles como la piedra y nos vieron fijamente. No había una sonrisa en su rostro, tampoco bienvenida. Su semblante estaba tenso y sus ojos oscuros. Entonces giraron velozmente y se alejaron de nosotros.

Pero al día siguiente, cuando llegamos a la carretera, nos sonrieron. Sonrieron por nosotros y para nosotros. Y nosotros contestamos a su sonrisa. Su cabeza se dobló hacia atrás, sus brazos cayeron inertes, cual si sus brazos y su blanco y delgado cuello sintiesen de pronto una gran fatiga. No nos miraba a nosotros, sino al cielo. Luego nos miró por encima del hombro y sentimos como si una mano hubiese tocado nuestro cuerpo, resbalando suavemente de nuestros labios a nuestros pies.

Cada mañana, desde entonces, cada mañana, Nos saludamos mutuamente con la mirada.

No nos atrevíamos a hablar. Es una grave transgresión hablar a los hombres de otros Oficios, excepto en grupos en las Reuniones Sociales. Un día, cuando estábamos parados junto al seto, levantamos la mano a la altura de la frente y la movimos lentamente, con la palma hacia abajo, en dirección a Libertad 5-3000. Si los otros nos hubiesen visto no habrían comprendido nada, ya que parecía que nos hacíamos pantalla con la mano contra el sol. Pero Libertad 5-3000 nos comprendió. Levantaron la mano a la altura de la frente y repitieron nuestro gesto. De este modo, cada día, saludamos a Libertad 5-3000 y ellas contestaron, y nadie tuvo sospechas de nada.

No nos extraña nuestro nuevo pecado. Es nuestra segunda Transgresión de Preferencia, porque no pensamos en todos nuestros hermanos, como deberíamos, sino solamente en uno, cuyo nombre es Libertad 5-3000. No sabemos por qué pensamos en ellas. No sabemos por qué, cuando pensamos en ellas, sentimos repentinamente que la tierra es hermosa y que la vida no es una carga.

Ya no pensamos en ellas como Libertad 5-3000. Les dimos un nombre en nuestros pensamientos. Las llamamos la Dorada. Pero es un pecado dar a los hombres nombres que los distinguen de los demás. No obstante, las llamamos la Dorada, porque ellas no son como los demás. La Dorada no son como los demás.

Y hacemos caso omiso de la ley que dice que los hombres no deben pensar en las mujeres, salvo en la Época de Reproducción. Es la época de cada primavera cuando todos los hombres mayores de veinte años y las mujeres mayores de dieciocho, son enviados por una noche al Palacio de Reproducción de la Ciudad. Y cada uno de los hombres tienen una de las mujeres que les ha asignado el Consejo Eugenésico. Los niños nacen en invierno, pero las mujeres jamás ven a sus hijos y éstos no conocen

jamás a sus padres. Nos han enviado dos veces al Palacio de Reproducción, pero es una cosa fea y vergonzosa en la que no nos gusta pensar.

Hemos quebrantado muchas leyes y hoy quebrantamos una más. Hoy le hablamos a la Dorada.

Las otras mujeres estaban lejos, en el campo, cuando nos paramos junto al seto al lado del camino. La Dorada estaban arrodilladas solas en el arroyo que corre por el campo. Y las gotas que caían de sus manos, cuando llevaban el agua a sus labios, parecían chispas llameantes al sol. Entonces la Dorada nos vieron y no se movieron, se quedaron arrodilladas observándonos, mientras unos círculos de luz producidos por el sol sobre el agua del arroyo, jugaban sobre la túnica blanca. Una gota reluciente cayó de un dedo que había quedado rígidamente levantado.

Entonces la Dorada se incorporaron y se acercaron al seto cual si hubiesen leído una orden en nuestros ojos. Los otros dos Barrenderos de nuestro grupo estaban unos cien pasos más abajo, en la carretera. Y pensamos que Internacional 4-8818 no nos denunciarían y que Unión 5-3992 no entenderían nada. Así que miramos fijamente a la Dorada y vimos la sombra de sus pestañas sobre sus blancas mejillas y el suave centelleo del sol sobre sus labios.

Y dijimos:

«Son hermosas, Libertad 5-3000».

Sus facciones no se alteraron, no desvió la mirada. Sólo que sus ojos poco a poco se tornaron más grandes, y en ellos había un aire de triunfo, pero no de triunfo sobre nosotros, sino sobre algo que no podíamos adivinar.

Luego ellas preguntaron:

«¿Cómo se llaman?».

«Igualdad 7-2521», contestamos.

«Ustedes no son uno de nuestros hermanos, Igualdad 7-2521, y no deseamos que lo sean».

No podemos decir qué querían decir, porque no hay palabras para expresar tal significado, pero lo comprendimos en seguida.

«No», contestamos, «y ustedes tampoco son una de nuestras hermanas».

«¿Si nos vieran en medio de un grupo de mujeres, nos mirarían?».

«Las miraríamos, Libertad 5-3000, aunque estuvieran en medio de todas las mujeres del mundo».

Luego ellas preguntaron:

«¿Mandan a los barrenderos a distintos distritos de la Ciudad o trabajan siempre en los mismos lugares?».

«Trabajan siempre en los mismos lugares», contestamos, «y nadie nos quitará esta carretera».

«Sus ojos», dijeron, «no son como los de los otros hombres».



Y de repente, sin razón, un pensamiento que nos cruzó por la mente nos hizo sentir frío en el estómago.

«¿Cuántos años tienen?», preguntamos.

Ellas comprendieron y bajaron la mirada por primera vez.

«Diecisiete», susurraron.

Suspiramos, como nos hubieran quitado un peso de encima, porque habíamos pensado sin motivo en el Palacio de Reproducción. Y pensamos que no permitiríamos que enviaran a La Dorada al Palacio. No sabíamos cómo habríamos podido impedirlo, cómo habríamos podido eludir la voluntad de los Consejos, pero comprendimos que no lo permitiríamos. No sabíamos cómo se nos ocurrió pensar en ello, porque estos feos eventos no tenían ninguna relación con nosotros y con la Dorada. ¿Qué relación podían tener?

No obstante, sin motivo, mientras permanecíamos allí junto al seto, notamos que nuestros labios se contraían duramente por un odio repentino, un odio hacia todos nuestros hermanos. Y la Dorada nos miró y sonrió lentamente, y en su sonrisa había una tristeza que notamos por primera vez. Pensamos que con la sabiduría propia de las mujeres la Dorada había comprendido más de lo que podíamos comprender nosotros mismos.

Tres hermanas aparecieron en el campo, venían en dirección a la carretera, y la Dorada se alejaron de nosotros. Tomaron su bolsa de semillas, y las lanzaron en los surcos al tiempo que se alejaban, pero las semillas caían desordenadamente, porque la mano de la Dorada temblaba.

Mientras caminábamos de vuelta a la Casa de los Barrenderos, sentimos la necesidad de cantar, sin razón alguna. Nos reprendieron esa noche en el comedor, porque empezamos a cantar en voz alta una canción que no habíamos oído nunca. No se debe cantar sin motivo, se debe cantar solamente durante las Reuniones Sociales.

«Cantamos porque somos felices», le contestamos a uno de los miembros del Consejo de la Casa que nos reprendió.

«Por supuesto que son felices», nos respondieron. «¿De qué otra forma pueden ser los hombres que viven para sus hermanos?».

Y ahora, sentados en nuestro refugio, pensamos en aquellas palabras. Es una cosa prohibida no ser felices. Porque, según nos han explicado, los hombres son libres y la tierra les pertenece; todas las cosas de la tierra están destinadas a todos los hombres, y la voluntad de todos los hombres reunidos es buena para con todos; por ello todos los hombres deben ser felices.

Por la noche, cuando nos desvestimos en el gran dormitorio, miramos a nuestros hermanos y dudamos. Tienen las cabezas gachas, sus ojos no tienen brillo y jamás miran a los ojos de los demás. Los hombros de nuestros hermanos están encorvados, sus músculos están tensos, como si sus cuerpos se estuvieran encogiendo, deseando

encogerse hasta desaparecer. Una palabra acude a nuestra mente mientras miramos a nuestros hermanos, y esa palabra es miedo.

El miedo flota en el aire de los dormitorios y en las calles. El miedo anda por la Ciudad, un miedo sin nombre ni forma. Todos lo sienten y nadie se atreve a hablar.

Nosotros también lo sentimos cuando estamos en la Casa de los Barrenderos. Pero aquí, en nuestro túnel, ya no lo sentimos. El aire es puro bajo tierra. No hay olor a hombres aquí.

Y estas tres horas aquí nos dan fuerza para las horas en la superficie.

Nuestro cuerpo nos traiciona, porque el Consejo de Casa nos observa recelosamente. No está bien ser demasiado felices, ni sentir alegría porque nuestro cuerpo vive. Porque nosotros no significamos nada, y no debe importarnos si vivimos o morimos, esto depende de la voluntad de nuestros hermanos. Pero nosotros, Igualdad 7-2521, estamos felices por estar vivos. Si esto es un pecado, entonces no deseamos la virtud.

Sin embargo, nuestros hermanos no son como nosotros. No todo está bien para nuestros hermanos. Están Fraternidad 2-5503, un muchacho callado, con ojos inteligentes y buenos, que llora de repente, sin motivo, en pleno día y en plena noche, y su cuerpo es sacudido por sollozos que no pueden explicar. Están Solidaridad 9-6347, que son vivaces y alegres durante el día, pero que gritan cuando duermen: «¡Ayúdenos! ¡Ayúdenos! ¡Ayúdenos!», en medio de la noche, con una voz que nos hiela la sangre, pero los médicos no pueden curar a Solidaridad 9-6347.

Y cuando nos desnudamos por la noche, a la débil luz de las velas, nuestros hermanos callan porque no osan expresar sus pensamientos. Porque debemos estar de acuerdo con todos los demás, y nadie puede saber si sus pensamientos son los de todos, así que temen hablar. Y se alegran cuando se apagan las velas. Mas nosotros, Igualdad 7-2521, miramos el cielo a través de la ventana. Hay paz en el cielo, y nitidez y dignidad. Y más allá de la Ciudad está el llano, y más allá de éste, negra contra el cielo negro, está el Bosque Inexplorado.

No deseamos mirar al Bosque Inexplorado, no deseamos pensar en él, pero nuestros ojos vuelven siempre a aquel parche negro contra el cielo. Los hombres no entran nunca en el Bosque Inexplorado, porque no es posible explorarlo y no posee senderos que nos guíen entre esos antiguos árboles que se yerguen como guardianes de temibles secretos. Se murmura que una vez o dos en cien años uno entre los hombres de la Ciudad escapó solo y se escondió en el Bosque Inexplorado sin razón. Estos hombres no volvieron. Perecieron por el hambre o bajo las garras de las fieras que infestan el bosque. Pero nuestros Consejeros dicen que se trata sólo de una leyenda. Hemos oído decir que hay muchos Bosques Innombrables sobre la tierra, entre las Ciudades. Se murmura que surgieron sobre las ruinas de muchas ciudades de

los Tiempos Innombrables. Los árboles devoraron las ruinas, los huesos debajo de las ruinas, y todas las cosas que perecieron.

Mientras miramos el Bosque Inexplorado, lejano en la noche, pensamos en los secretos de los Tiempos Innombrables. Nos preguntamos cómo se perdieron esos secretos para el mundo. Hemos oído las leyendas de las grandes batallas en las que muchos hombres pelearon para un bando y muy pocos para el otro. Estos pocos eran los Malvados y fueron vencidos.

Entonces grandes incendios se desataron sobre la tierra, y aquellos incendios quemaron a los Malvados. Y el incendio que fue llamado el Alba del Gran Renacimiento, fue el Incendio de los Libros, en el que todos los escritos de los Malvados fueron destruidos, y con ellos todas sus palabras. Enormes hogueras se elevaron en las plazas de las Ciudades durante tres meses. Luego advino el Gran Renacimiento.

Las palabras de los Malvados... las palabras de los Tiempos Innombrables... ¿qué palabras hemos perdido?

¡Qué el Consejo tenga piedad de nosotros! No queríamos escribir esta pregunta, y no sabíamos siquiera lo que hacíamos hasta que la vimos escrita. No debemos hacer esta pregunta y no debemos pensar en ella. No debemos atraer la muerte sobre nosotros.

Sin embargo... sin embargo...

Hay una palabra, una palabra sola que no figura en el lenguaje de los hombres, pero que figuró alguna vez. Ésta es la Palabra Inexpresable, que los hombres no deben pronunciar ni escuchar. Pero a veces, y esto es extraño, a veces, en algún lugar, uno entre los hombres encuentra aquella Palabra. Ellos la encuentra entre fragmentos de viejos manuscritos, o grabados en pedazos de piedras antiguas. Pero si la pronuncian están condenados a muerte. Hay un solo delito en este mundo que se castiga con la muerte, el de decir la Palabra Inexpresable.

Vimos a uno de estos hombres ser quemado en la plaza de la Ciudad. Y fue un espectáculo que quedó grabado en nuestra mente a través de los años, y nos atormenta, nos sigue, no nos concede descanso. Éramos niños entonces, teníamos diez años. Y estábamos en la gran plaza con todos los niños y todos los hombres de la Ciudad, enviados allí para asistir a la hoguera. Llevaron al Transgresor a la Plaza hasta el lugar del suplicio. Le habían arrancando la lengua para que no pudiera hablar. El Transgresor era joven y alto. Tenía cabellos dorados y ojos azules como la mañana. Caminaron hasta la hoguera y sus pasos no temblaron. Y de todos aquellos rostros de la plaza, de todos aquellos rostros que gritaban y le lanzaban maldiciones, el suyo era el rostro más sereno y más feliz.

Cuando las cadenas sujetaron su cuerpo al poste y dieron fuego a la paja de la hoguera, el Transgresor miró a la Ciudad. Un hilillo de sangre caía de la comisura de su

boca, pero sus labios sonreían. Y un pensamiento monstruoso pasó por nuestra mente, un pensamiento que no nos ha vuelto a abandonar nunca más. Habíamos oído hablar de los Santos. Hay Santos del Trabajo, Santos de los Consejos y Santos del Gran Renacimiento. Pero jamás habíamos visto un Santo o una imagen suya. Y pensamos entonces, mientras estábamos en la plaza, que la imagen del Santo fuese aquel rostro que veíamos entre llamas, el rostro del Transgresor de la Palabra Inexpresable.

Cuando las llamas se levantaron, ocurrió algo que sólo nosotros vimos, pues de lo contrario no viviríamos hoy. Acaso fuera solamente una ilusión. Mas nos pareció que los ojos del Transgresor nos había elegido entre la muchedumbre y nos miraban fijamente. No había pena en aquellos ojos y ni siquiera un reflejo de la agonía de su cuerpo. Había sólo felicidad, y orgullo, un orgullo más santo de lo que puede ser el orgullo humano. Y nos pareció que aquellos ojos intentaban decirnos algo a través de las llamas, enviarnos una palabra sin sonido. Y nos pareció que aquellos ojos nos rogasen recoger aquella palabra y no dejarla escapar ni de nosotros ni de la tierra. Pero las llamas alumbraron y no pudimos adivinar la palabra...

¿Cuál era —aunque tuvieran que quemarnos por ella como al Santo en la hoguera—, la Palabra Inexpresable?

### Capítulo 3

Nosotros, Igualdad 7-2521, descubrimos un nuevo poder de la naturaleza. La hemos descubierto solos y lo sabemos nosotros solos.

Está dicho. Ahora que nos azoten, si es preciso. El Consejo de los Estudiosos ha dicho que todos conocemos las cosas que existen y que, por consiguiente, las cosas que no conocemos no existen. Pero nosotros creemos que el Consejo de los Estudiosos está ciego.

Los secretos de esta tierra no están para ser vistos por todos, sino únicamente por los que procuramos desentrañarlos. Nosotros lo sabemos, porque hemos descubierto un secreto desconocido por nuestros hermanos.

No sabemos lo qué es esta fuerza ni de qué proviene. Pero conocemos su naturaleza, la hemos observado y hemos trabajado con ella. La vimos por primera vez hace dos años.

Una noche estábamos abriendo el cuerpo de una rana muerta cuando vimos que una de sus patas se movía. Algún poder ignorado por los hombres la hacía moverse. No podíamos comprenderlo. Después de muchos experimentos, dimos con la respuesta. La rana estaba colgada de un hilo de cobre, y fue el metal de nuestro cuchillo el que mandó un extraño poder al cobre por conducto de la humedad salada del cuerpo de la rana. Metimos un pedazo de cobre y otro de zinc en un frasco con agua salada, acercamos a ellos un alambre y ahí, debajo de nuestros dedos, ocurrió un milagro que no había ocurrido antes, un nuevo milagro, un nuevo poder.

Este descubrimiento nos atormentó. Volvimos a ocuparnos de él a cada momento con preferencia sobre los demás estudios. Trabajamos en él, lo experimentamos de mil maneras, más de las que podemos describir, y a cada paso se nos revelaba un nuevo milagro. Y comprendimos que habíamos descubierto la fuerza más grande de este mundo, porque desafía a todas las leyes conocidas por los hombres. Hace mover la aguja y le hace dar vueltas en la brújula que robamos en la Casa de los Estudiosos. Nos enseñaron, cuando éramos niños, que la aguja imantada señala el Norte y que ésta es una ley de la tierra que no puede variar y, sin embargo, nuestra nueva fuerza desafía a esta ley de la tierra y a todas las leyes del cielo. Hemos descubierto lo que

produce el rayo, y los hombres no han conocido nunca las leyes del rayo. Durante las tempestades, levantamos una alta asta de hierro junto a nuestro refugio y la observamos desde abajo. Vimos los rayos golpearla varias veces. Y ahora sabemos que el metal atrae el poder del cielo, y que se puede hacer de modo que el metal lo rechace.

Hemos construido máquinas extrañas con nuestro descubrimiento. Usamos para ello hilos de cobre hallados aquí, bajo tierra. Habíamos recorrido la galería iluminándola con una vela que llevábamos en la mano. No pudimos ir más de media milla porque la tierra y las piedras caídas limitaban sus dos extremos, recogimos todo cuanto pudimos hallar, y lo llevamos al lugar donde trabajábamos. Encontramos extrañas cajas con barritas de metal dentro, con muchas cuerdas y trozos y rollos de alambre. Encontramos hilos de cobre que iban hasta unas extrañas y pequeñas bolas de vidrio sobre la pared; en éstas había hilos de hierro más delgados que las telarañas.

Estas cosas nos ayudaron en nuestro trabajo. No las comprendemos, pero pensamos que los hombres de los Tiempos Innombrables debían conocer el poder del cielo, y que estas cosas debían tener alguna conexión con tal poder. No lo sabemos, pero debemos aprender. No podemos detenernos ahora, aun cuando nos asusta estar solos en nuestro conocimiento.

Ningún hombre puede poseer él solo más sabiduría que los muchos Estudiosos elegidos por todos los hombres, por sus conocimientos. Y sin embargo, nosotros podemos. Hemos luchado mucho antes de decirlo y ahora ya lo hemos dicho. No nos importa. Olvidamos todos los hombres, todas las preguntas, todo excepto nuestros metales y nuestros alambres.

¡Nos queda todavía tanto por aprender! ¡Ante nosotros se abre un camino muy largo, y qué nos importa si hemos de recorrerlo solos!

## Capítulo 4

Transcurrieron muchos días antes de poder hablar de nuevo con la Dorada. Pero llegó el día en que el cielo se tornó blanco, como si el sol hubiese hecho explosión y esparcido sus llamas en el aire, y los campos estaban silenciosos, sin aliento, y el polvo de los caminos era blanco en la luz cegadora. Las mujeres en los campos estaban cansadas y realizaban su trabajo lentamente. Estaban lejos de la carretera cuando llegamos. Pero la Dorada estaban solas, junto al seto, aguardando. Nos paramos y las miramos a los ojos, tan altivos y desdeñosos cuando miraban al mundo, tornarse dulces y humildes cual si deseasen obedecer cada palabra nuestra.

Dijimos:

«Les hemos dado un nombre en nuestros pensamientos, Libertad 5-3000».

«¿Qué nombre?», preguntaron.

«La Dorada».

«Nosotros tampoco los llamamos Igualdad 7-2521 cuando pensamos en ustedes».

«¿Qué nombre nos pusieron?».

Nos miraron a los ojos y mantuvieron erguida la cabeza y repusieron:

«El Inconquistable».

No pudimos hablar durante largo rato, luego dijimos:

«Estos pensamientos están prohibidos, Dorada».

«Pero ustedes tienen esos pensamientos y quieren que nosotros los tengamos».

Las miramos a los ojos y no pudimos mentir.

«Sí», susurramos, y ellas sonrieron, luego añadimos: «Nuestra querida, no nos obedezcas».

Retrocedieron y sus ojos estaban muy abiertos y fijos.

«Digan esas palabras de nuevo», murmuraron.

«¿Qué palabras?», preguntamos. Mas ellas no contestaron y comprendimos.

«Nuestra querida», susurramos.

Nunca los hombres habían dicho esto a las mujeres.

La Dorada inclinó lentamente la cabeza y se quedó inmóvil, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las palmas de las manos vueltas hacia nosotros, igual que si su cuerpo desfalleciera, subyugado, a la voluntad de nuestros ojos. Y no pudimos hablar.

Luego ellas levantaron la cabeza, y hablaron con sencillez y gentileza, como si desearan hacernos olvidar una ansiedad enteramente suya.

«Hace un día caluroso», dijeron, «y han trabajado durante muchas horas y deben estar cansados».

«No», contestamos.

«Es más fresco en los campos», dijeron, «y hay agua para beber. ¿Tienen sed?».

«Sí», contestamos, «pero no podemos pasar al otro lado del seto».

«Podemos traerles agua», dijeron.

Entonces se arrodillaron al lado del riachuelo, cogieron agua en sus dos manos y nos la acercaron a los labios.

No sabemos si bebimos aquella agua. Nos dimos cuenta, repentinamente, de que las manos estaban vacías, que aún teníamos los labios en ellas y que no se retiraban.

Levantamos la cabeza y retrocedimos. Porque no entendíamos qué nos hizo hacer esto y temíamos comprenderlo.

La Dorada también retrocedieron y se miraron las manos, asombradas. Luego, lentamente, se alejaron, aunque nadie se acercaba, andando hacia atrás como si no pudiesen darnos la espalda, con los brazos tendidos como si no pudiesen bajar las manos.



## Capítulo 5

Nosotros lo hicimos. Nosotros lo creamos. Lo trajimos de la noche de los tiempos. Nosotros solos. Nuestras manos. Nuestra mente. Nosotros solos.

No sabemos qué estamos diciendo. Nuestra mente vacila. Miramos la luz que creamos. Debemos ser perdonados por cualquier cosa que digamos esta noche...

Esta noche, después de más días de intentos de los que podemos contar, terminamos de construir un extraño artefacto, de los Tiempos Innombrables, una caja de cristal para dar al poder del cielo una fuerza mayor de la que pudimos conseguir hasta entonces. Y cuando acercamos los cables a esta caja y cerramos la corriente, ¡el hilo resplandeció! Se animó, se tornó de un color rojo, y un círculo de luz blanca se difundió ante nosotros, sobre la piedra.

Nos quedamos inmóviles, luego nos llevamos las manos a la cabeza, conteniendo la respiración. No podíamos darnos cuenta de lo que habíamos creado. No habíamos tocado ninguna piedra de chispa, no habíamos encendido ningún fuego. Y, sin embargo, ahí había luz, una luz que salía del corazón del metal.

Apagamos la vela. La oscuridad nos devoró. No quedaba nada a nuestro alrededor, nada salvo la noche y un pequeño alambre con una llama en él, como una grieta en el muro de una prisión. Acercamos las manos al hilo, y vimos nuestros dedos a la luz roja. No podíamos ver ni sentir nuestro cuerpo, y en aquel momento no existía más que nuestras dos manos en un hilo que resplandecía sobre un negro abismo.

Luego pensamos en el significado de aquéllos que yacía frente a nosotros. Podríamos iluminar nuestro túnel, y la Ciudad, y todas las Ciudades del mundo con un poco de metal y unos hilos. Podríamos dar a nuestros hermanos una nueva luz, más clara, más fuerte que la conocida. Sería posible someter el poder del cielo a la voluntad humana. No hay límites a sus secretos y su poder, y todo eso puede estar a nuestro alcance si elegimos preguntar.

Entonces supimos lo que debíamos hacer. Nuestro descubrimiento es demasiado grande para que perdamos nuestro tiempo barriendo las calles. No podemos quedarnos con nuestro secreto, ni enterrarlo bajo tierra. Debemos llevárselo a todos los hombres. Necesitamos todo nuestro tiempo, necesitamos las salas de trabajo de la

Casa de los Estudiosos, queremos que nuestros hermanos Estudiosos nos ayuden y unir su sabiduría a la nuestra. Hay mucho trabajo por delante, para todos los Estudiosos del mundo.

Dentro de un mes el Consejo Mundial de los Estudiosos se reunirá en nuestra Ciudad. Es un gran Consejo para el cual son elegidos los más sabios de todos los países y que se reúne una vez al año en las distintas ciudades de la tierra. Iremos a este Consejo y le presentaremos, como un regalo, la caja de cristal que contiene el poder del cielo. Debemos confesarles todo. Ellos verán, comprenderán y nos perdonarán. Porque nuestro regalo es más grande que nuestra transgresión. Se lo explicarán al Consejo de las Vocaciones y ellos nos asignarán a la Casa de los Estudiosos. Esto no ha ocurrido nunca antes de ahora, pero tampoco les han ofrecido un regalo como el nuestro.

Tenemos que esperar. Tenemos que vigilar nuestro refugio como nunca lo hemos vigilado antes. Porque nadie que no sean los Estudiosos debe conocer nuestro secreto, no lo comprenderían y no nos creerían. No verían más que nuestro crimen de trabajar solos, y destruirían nuestra luz y a nosotros. No nos importa nuestro cuerpo, pero nuestra Luz es...

Sí, nos importa. Por primera vez nos preocupamos por nuestro cuerpo. Porque este alambre es una parte de nuestro cuerpo, como una vena sacada de nosotros, brillante por nuestra sangre. Estamos orgullosos de este hilo metálico y de nuestras manos que lo han hecho. ¿O existe una línea para dividir las dos cosas?

Alargamos los brazos. Por primera vez nos damos cuenta de cuán fuertes son nuestros brazos. Y un extraño pensamiento cruza raudo por nuestra mente: nos preguntamos, por primera vez en nuestra vida, cómo lucimos. Los hombres no ven nunca su propio rostro y no preguntan nunca por él a sus hermanos porque es maligno interesarse por sus propias facciones o cuerpos. Mas esta noche, por una razón que no sabemos explicarnos, deseáramos que nos fuera posible conocer nuestro aspecto.

## Capítulo 6

No hemos escrito desde hace treinta días. Porque desde hace treinta días no hemos venido aquí, a nuestro túnel. Nos han descubierto.

Ocurrió la noche en que escribimos por última vez. Olvidamos, aquella noche, observar la arena del cristal que nos dice cuándo han transcurrido las tres horas y es tiempo de volver al Teatro de la Ciudad. Cuando lo recordamos, toda la arena había pasado.

Fuimos corriendo al Teatro. Pero la enorme tienda se levantaba gris y silenciosa en el cielo.

Las calles de la Ciudad se extendían ante nosotros oscuras, anchas y desiertas. Si hubiésemos vuelto a escondernos a nuestro túnel, nos habrían descubierto con nuestra luz. Así que caminamos a la Casa de los Barrenderos.

Cuando el Consejo de la Casa nos interrogaron, miramos las caras del Consejo, pero en ellas no había curiosidad, ni ira, ni piedad. Así que cuando el más viejo de ellos nos preguntó: «¿Dónde han estado?» pensamos en nuestra caja de cristal, en nuestra luz y olvidamos todo lo demás. Contestamos:

«No se los diremos».

El más viejo no nos preguntó nada más. Ellos se dirigieron a los dos más jóvenes, y les dijeron, y su voz tenía un tono aburrido.

«Lleven a sus hermanos Igualdad 7-2521 al Palacio de la Detención Correccional. Azótenlos hasta que digan dónde estuvieron».

Nos llevaron al Cuarto de Piedra, debajo del Palacio de la Detención Correccional. Este cuarto no tiene ventanas y está vacío, salvo por un poste de hierro. Dos hombres estaban junto al poste, vestidos únicamente con un delantal de cuero y una capucha de cuero sobre el rostro. Los que nos habían llevado hasta allí se fueron y nos dejaron con los dos Jueces que estaban en un rincón del cuarto. Los Jueces eran pequeños, delgados, grises y encorvados. Le dieron una señal a los dos encapuchados.

Ellos nos arrancaron la ropa, nos tiraron al suelo de rodillas y nos ataron las manos al poste de hierro.

El primer latigazo nos hizo sentir como si nuestra espina se hubiera partido en dos. El segundo latigazo detuvo al primero y por un segundo no sentimos nada, el dolor se atoró en nuestra garganta y el fuego corrió por nuestros pulmones sin aire. Pero no lloramos.

El látigo silbaba como el viento. Intentamos contar los golpes, pero perdimos la cuenta. Sabíamos que los golpes caían en nuestra espalda. Pero ya no sentíamos nada. Una parrilla en llamas danzaba frente a nuestros ojos, y no pensamos en nada más que en esa parrilla, una parrilla, una parrilla con cuadrados rojos, y entonces supimos que estábamos viendo los cuadros de la parrilla de hierro de la puerta, y también estaban los cuadrados de piedra de las paredes y los cuadrados que el látigo estaba cortando en nuestra espalda, cruzándose y volviéndose a cruzar en nuestra carne.

Luego vimos un puño ante nosotros. Nos pegó en la barbilla y vimos la roja espuma de nuestra boca sobre los dedos secos, y el Juez preguntó:

«¿Dónde han estado?».

Pero nosotros volvimos la cabeza, la escondimos entre las manos atadas y nos mordimos los labios.

El látigo silbó de nuevo. Nos preguntamos quién estaría tirando trocitos de carbón ardiendo sobre el suelo, porque veíamos relucir pequeñas gotas rojas sobre las piedras a nuestro alrededor.

Luego ya no supimos nada, excepto dos voces que gruñían continuamente, una después de otra, si bien sabíamos que hablaban a distancia de varios minutos una de otra:

«¿Dónde han estado dónde han estado dónde han estado dónde han estado dónde han estado dónde han estado?...».

Y nuestros labios se movían, pero el sonido se nos quedaba en la garganta y aquel sonido decía solamente:

«La luz... La luz... La luz...».

Luego ya no supimos nada.

Abrimos los ojos, yacíamos boca abajo sobre el suelo de ladrillo de una celda. Vimos dos manos abandonadas lejos de nosotros, sobre los ladrillos, las movimos y comprendimos que eran nuestras propias manos. Pero no podíamos mover nuestro cuerpo. Entonces sonreímos porque pensamos en la luz y en que no la habíamos traicionado.

Yacimos en nuestra celda durante muchos días. La puerta se abría dos veces al día, una vez para los hombres que nos traían pan y agua, y otra vez para los Jueces. Muchos Jueces vinieron a nuestra celda, primero los más humildes, después los más honrados.

Se pararon ante nosotros con sus togas y nos preguntaron:

«¿Están dispuestos a hablar?».

Negamos con la cabeza, mientras yacíamos sobre el suelo ante ellos. Y entonces se fueron.

Contamos cada día y cada noche conforme pasaban. Entonces, esta noche, supimos que debíamos escapar. Porque mañana se reunirá el Consejo Mundial de los Estudiosos en nuestra Ciudad.

Fue fácil huir del Palacio de la Detención Correccional. Las cerraduras de las puertas de las celdas son viejas y no hay guardias. No hay razón para tener guardias porque los hombres no han desafiado jamás a los Consejos hasta el punto de huir del lugar a que se les ha destinado. Nuestro cuerpo está sano y recobramos las fuerzas rápidamente. Empujamos la puerta y ésta cedió. Nos deslizamos por los lóbregos pasillos y por las calles oscuras y luego bajamos hasta nuestro túnel.

Encendimos la vela y vimos que nuestro lugar no había sido descubierto, y que nada había sido tocado. Y nuestra caja de cristal estaba delante de nosotros, sobre la estufa fría, como la habíamos dejado. ¡Qué importaban las cicatrices sobre nuestra espalda!

Mañana, a plena luz del día, tomaremos nuestra caja, dejaremos abierto nuestro túnel, y caminaremos por las calles hasta la Casa de los Estudiosos. Pondremos delante de ellos el regalo más grande que jamás se haya ofrecido a los hombres. Les diremos la verdad.

Les entregaremos, como nuestra confesión, estas páginas que hemos escrito. Uniremos nuestras manos a las de ellos, y trabajaremos juntos, con el poder del cielo, por la gloria de la humanidad. ¡Que nuestra bendición descienda sobre nuestros hermanos! Mañana nos tomarán de vuelta y no seremos desterrados nunca más. Mañana seremos uno de ustedes de nuevo. Mañana...

## Capítulo 7

Hay mucha oscuridad aquí en el bosque. Las ramas se mecen sobre nuestra cabeza, negras contra el cielo dorado. El musgo es blando y tibio. Dormiremos sobre este musgo durante muchas noches, hasta que lleguen las fieras a destrozarnos nuestro cuerpo. No tenemos más cama que el musgo, ni más porvenir que las fieras.

Somos viejos ahora, aunque éramos jóvenes esta mañana cuando llevábamos nuestra caja de cristal a través de las calles de la Ciudad hasta la Casa de los Estudiosos. Ningún hombre nos detuvo, porque no había nadie cerca del Palacio de la Detención Correccional, y los otros no sabían nada. Nadie nos detuvo en la puerta. Caminamos por los pasillos vacíos y llegamos a la gran sala donde el Consejo Mundial de los Estudiosos celebraba su solemne reunión.

No vimos nada al entrar, salvo el cielo azul y brillante a través de los grandes ventanales.

Luego vimos a los Estudiosos sentados alrededor de una larga mesa; eran como nubes sin forma amontonadas sobre el vasto cielo. Ahí estaban los hombres cuyos famosos nombres conocíamos y otros llegados de tierras lejanas, cuyos nombres ignorábamos. Vimos un gran cuadro en la pared, sobre sus cabezas, que representaba a los veinte hombres ilustres que inventaron las candelas.

Todas las cabezas del Consejo se volvieron hacia nosotros cuando entramos. Esos grandes y sabios hombres no supieron que pensar de nosotros, y nos miraron con asombro y curiosidad, como si fuéramos un milagro. Es cierto que nuestra túnica estaba rota y llena de manchas oscuras que habían sido sangre. Levantamos el brazo derecho y dijimos:

«¡Nuestros saludos para ustedes, nuestros honorables hermanos del Consejo Mundial de los Estudiosos!».

Entonces Colectividad 0-0009, los más viejos y sabios del Consejo, hablaron y preguntaron:

«¿Quiénes son ustedes, hermanos nuestros? Porque no se ven como Estudiosos».

«Nuestro nombre es Igualdad 7-2521», contestamos, «y somos un Barrendero de esta Ciudad».

Luego pareció como si un viento huracanado hubiera golpeado el salón, todos los Estudiosos hablaron al mismo tiempo, y estaban enojados y asustados.

«¡Un Barrendero! ¡Un Barrendero caminando frente al Consejo Mundial de los Estudiosos! ¡Es inconcebible! ¡Está en contra de todas las reglas y de todas las leyes!».

Pero nosotros sabíamos como detenerlos.

«¡Hermanos nuestros!» dijimos. «Nosotros no importamos, tampoco nuestra transgresión».

Son sólo nuestros hermanos hombres los que importan. No nos presten atención, porque no somos nadie, pero escuchen nuestras palabras, porque les traemos un regalo que jamás le han dado a los hombres. Escúchenos, porque tenemos el porvenir de la humanidad en nuestras manos».

Entonces ellos escucharon.

Colocamos la caja de cristal delante de ellos. Hablamos de ella, de nuestras largas investigaciones, de nuestro túnel y de nuestra fuga del Palacio de Detención Correccional. No se movía una mano en el salón mientras hablábamos, ni un ojo se movía. Luego conectamos los cables a la caja y todos se inclinaron hacia delante, atentos para observarla. Nos quedamos inmóviles, con los ojos fijos en los cables. Y lentamente, lentamente, como un flujo de sangre, una llama roja tembló en el hilo. Luego el alambre brilló.

Pero el terror se apoderó de los hombres del Consejo. Se pusieron en pie de un salto, se alejaron corriendo de la mesa y se apretaron contra la pared, amontonados, buscando el calor del cuerpo del vecino para darse valor.

Nosotros los miramos y sonreímos, diciendo.

«No teman, hermanos. Hay un gran poder en estos alambres, pero este poder está dominado. Es de ustedes, se los regalamos».

Ellos seguían sin moverse.

«¡Les damos el poder del cielo!», gritamos. «¡Les damos la llave de la tierra! Tómela y déjennos ser uno de ustedes, el más humilde entre ustedes. Trabajemos juntos y dominemos este poder, y hacer más fácil el trabajo de los hombres. Déjennos tirar las candelas y las antorchas. Déjennos inundar de luz las ciudades. Déjennos traerle una nueva luz a los hombres».

Pero ellos nos miraron y de pronto tuvimos miedo. Porque sus ojos eran firmes, pequeños y perversos.

«¡Hermanos!», gritamos. «¿No tienen algo que decirnos?».

Entonces Colectividad 0-0009 se acercó a la mesa y los demás le siguieron.

«Sí», dijeron Colectividad 0-0009, «tenemos muchas cosas que decirles».

El sonido de sus voces trajeron silencio al salón y al latido de nuestro corazón.

«Sí», dijeron Colectividad 0-0009, «tenemos mucho que decirles a unos delincuentes que han quebrantado las leyes y que se jactan de su infamia! ¿Cómo se atreven a creer que su mente puede poseer más sabiduría que la de sus hermanos?».

Y si el Consejo ha decretado que deben ser un Barrendero, ¿cómo se atreven a pensar que podrían ser más útiles a los hombres que barriendo las calles?».

«¿Cómo se atreven?, limpiadores de alcantarillas», dijo Fraternidad 9-3452, «¿a considerarse solos y con los pensamientos de uno en lugar de los de muchos?».

«Deben morir quemados», dijeron Igualdad 4-6998.

«No, deben azotarles», dijeron Unanimidad 7-3304, «hasta que no quede nada bajo el látigo».

«No», dijeron Colectividad 0-2009, «nosotros no podemos decidir sobre esto, hermanos. Jamás se había cometido semejante delito, y no podemos juzgarlo nosotros. Ni siquiera uno de nuestros Consejos menores. Debemos entregarle esta criatura al Consejo Mundial y dejar que se cumpla su voluntad».

Los miramos e imploramos:

«¡Hermanos! Tienen razón. Dejen que la voluntad del consejo se cumpla sobre nuestro cuerpo. No nos importa. ¿Pero la luz? ¿Qué harán con la luz?».

Colectividad 0-0009 nos miraron y sonrieron.

«¿Piensan que han encontrado un nuevo poder?», dijeron Colectividad 0-0009. «¿Piensan que todos sus hermanos lo piensan?».

«No», contestamos.

«Lo que no es pensado por todos los hombres no puede ser verdad», dijo Colectividad 0-0009.

«¿Ha trabajado en esto solos?», preguntaron Internacional 1-5537.

«Sí», repusimos.

«Lo que no se hace colectivamente no puede ser bueno», dijeron Internacional 1-5537.

«Muchos hombres en la Casa de los Estudiosos tuvieron extrañas ideas en el pasado», dijeron Solidaridad 8-1164, «pero cuando la mayoría de sus hermanos Estudiosos votó contra ellas, abandonaron tales ideas, como deben hacerlo todos los hombres».

«Esta caja es inútil», dijeron Alianza 6-7349.

«Si es lo que ustedes dicen», dijeron Armonía 9-2642, «será la ruina del Departamento de Candelas. La Candela es un gran don para la humanidad y está aprobada por todos. Por consiguiente, no puede ser destruida por la voluntad de uno solo».

«Esto echaría por tierra los planes del Consejo Mundial», dijeron Unanimidad 2-9913, «y sin los Planes del Consejo Mundial el sol no puede salir. Tomo cincuenta años asegurar la aprobación de todos los Consejos para la Candela, y para rehacer los



Planes con el fin de sustituir las antorchas por candelas. Esto ocupó a miles y miles de hombres que trabajan en gran número de estados. No podemos alterar los Planes tan pronto».

«Y si esto hiciera más fácil el trabajo de los hombres», dijo Semejanza 5-0306, «sería un gran mal para los hombres, porque su existencia no tiene otra razón de ser que la de trabajar para sus hermanos».

Colectividad 0-0009 se levantaron y señalaron la caja.

«Esta cosa», dijeron, «debe ser destruida».

Y los demás gritaron:

«Debe ser destruida».

Entonces nos lanzamos sobre la mesa.

Tomamos nuestra caja, rechazamos a todos y corrimos a la ventana. Volvimos la cabeza, los miramos por última vez y una ira más que humana nos ahogó la voz en la garganta:

«¡Idiotas!», gritamos. «¡Idiotas! ¡Mil veces idiotas!».

Rompimos el cristal de la ventana con el puño y nos lanzamos fuera entre una lluvia de vidrios rotos.

Caímos, pero nuestras manos no dejaron caer la caja. Entonces corrimos. Corrimos ciegamente, y hombres y casas pasaban a nuestro lado como un torrente sin forma. Y la calle no nos parecía plana frente a nosotros, sino como si estuviera volteándose para encontrarnos, y esperábamos que la tierra se levantara y nos golpeara en la cara. Corríamos. No sabíamos a donde íbamos. Sólo sabíamos que debíamos correr, correr hasta el fin del mundo, hasta el fin de nuestros días.

Repentinamente nos dimos cuenta de que yacíamos sobre una tierra blanda y nos habíamos detenido. Árboles más altos que todos cuantos habíamos visto hasta entonces se levantaban encima de nosotros en un silencio profundo. Entonces comprendimos. Estábamos en el Bosque Inexplorado. No habíamos pensado venir aquí, pero nuestras piernas habían traído nuestra sabiduría, nuestras piernas nos habían traído al Bosque Inexplorado contra nuestra voluntad.

La caja de cristal estaba a nuestro lado. Nos acercamos a ella, arrastrándonos, con la cara entre las manos y nos quedamos quietos.

Estuvimos así largo rato. Luego nos levantamos, tomamos nuestra caja y caminamos en el bosque.

No importaba adonde íbamos. Sabíamos que los hombres no nos habrían seguido, porque ellos no entran nunca en el Bosque Inexplorado. No teníamos nada que temer de ellos. El bosque se ocupa de sus propias víctimas. Esto tampoco nos asustaba. Sólo queríamos ir lejos de la Ciudad y de la atmósfera de la Ciudad. Así que caminamos, con la caja en los brazos y corazón vacío.

Estamos condenados. Los días que aún quedan por vivir tendremos que vivirlos solos. Y hemos oído hablar de la corrupción que se encuentra en la soledad. Nos hemos separado de la verdad que son nuestros hermanos, y no hay camino de vuelta ni redención.

Sabemos estas cosas, pero no nos importan. No nos preocupa nada en la tierra. Estamos cansados.

Sólo la caja de vidrio en nuestras manos es como un corazón vivo que nos da fuerza. Nos hemos engañado a nosotros mismos. No construimos esta caja para el bien de nuestros hermanos. La construimos por ella misma. Para nosotros está por encima de nuestros hermanos, y su verdad superior a la de ellos. ¿Por qué pensar en ello? No nos quedan muchos días de vida. Caminamos hacia los colmillos que nos esperan en algún lugar entre los grandes y silenciosos árboles. No dejamos nada por lo que nos arrepintamos.

De pronto una sensación de pena nos golpeó, la primera y la única. Pensamos en la Dorada.

Pensamos en la Dorada que no volveremos a ver. Luego la pena pasó. Es mejor así. Somos uno de los Condenados. Es mejor si la Dorada olvida nuestro nombre y el cuerpo que llevaba aquel nombre.

## Capítulo 8

Ha sido un día lleno de maravillas, éste, nuestro primer día en el bosque.

Nos despertamos cuando un rayo de luz cayó sobre nuestra cara. Sentimos el impulso de ponernos en pie de un salto, como lo habíamos hecho cada mañana de nuestra vida, pero recordamos de pronto que no había sonado una campana, y que no había ninguna campana en los alrededores. Seguimos acostados sobre nuestra espalda, estiramos los brazos y miramos al cielo. Los bordes de las hojas tenían un color de plata fundida que temblaba, se encrespaba y relucía como un río verde y de fuego que ondeaba sobre nosotros.

No deseábamos movernos. Pensamos, de pronto, que podríamos quedarnos así todo el tiempo que se nos antojara, y al pensarlo reímos en voz alta. Podíamos también levantarnos, o correr o saltar a nuestro gusto, o caer de nuevo. Pensábamos que todas estas ideas no tenían sentido, pero antes de darnos cuenta, nuestro cuerpo se había levantado de un brinco. Los brazos se estiraron por voluntad propia, y nuestro cuerpo empezó a dar vueltas y más vueltas hasta que levantó un aire que hizo mover las hojas de los arbustos. Luego nuestras manos se agarraron a una rama e hicieron que nuestro cuerpo se columpiase del árbol, sin más razón que comprobar la fuerza de nuestro cuerpo. La rama se quebró con nuestro peso y caímos sobre el musgo blando como una almohada. Entonces nuestro cuerpo, perdiendo el apoyo, rodó sobre el musgo mientras las hojas secas se enganchaban a nuestra túnica, a nuestros cabellos y a nuestro rostro. Y notamos, de repente, que estábamos riendo, riendo a carcajadas, riendo como si no pudiéramos hacer otra cosa que reír.

Tomamos nuestra caja y nos adentramos en el bosque. Anduvimos abriéndonos camino entre las ramas, como si estuviéramos nadando en un mar de hojas, con los arbustos como olas subiendo y bajando a nuestro alrededor, lanzando su verde rocío hasta las copas de los árboles. Los árboles nos invitaban a seguir adelante. Parecía que el bosque nos diera la bienvenida. Seguimos adelante sin preocupaciones, sin temores, sin nada más que sentir salvo el canto de nuestro cuerpo.

Nos detuvimos cuando sentimos hambre. Vimos pájaros sobre las ramas de los árboles y otros que volaban muy cerca de nosotros. Recogimos una piedra y la

lanzamos. El pájaro cayó a nuestros pies. Encendimos un fuego, lo asamos y nos lo comimos y ninguna comida había tenido mejor sabor para nosotros. Y pensamos que encontrábamos una gran satisfacción en el alimento que conseguimos con nuestras propias manos. Y deseamos tener hambre de nuevo, pronto, para poder volver a sentir este nuevo y extraño orgullo al comer.

Luego reanudamos la marcha. Y llegamos a un río que se deslizaba como una tira de cristal entre los árboles. Estaba tan quieto que no vimos el agua, sino sólo una hendidura en la tierra, en la que los árboles estaban boca abajo, y el cielo yacía al fondo. Nos arrodillamos cerca de la corriente y nos inclinamos para beber. Entonces nos detuvimos. Porque sobre el azul del cielo debajo de nosotros, vimos, por primera vez, nuestro rostro.

Nos quedamos inmóviles, sentados, conteniendo la respiración. Porque nuestro rostro y nuestro cuerpo eran hermosos. Nuestra cara no era como la de nuestros hermanos a los que nos daba vergüenza mirar. Nuestro cuerpo no era como el de nuestros hermanos porque nuestros miembros eran rectos, recios y fuertes. Pensamos que podíamos confiar en ese ser que nos miraba desde el río, y que nada teníamos que temer de él.

Caminamos hasta que el sol se ocultó. Cuando las sombras se reunieron entre los árboles, nos detuvimos en un agujero entre las raíces, donde dormiríamos esa noche. Y, de pronto, por primera vez en el día, recordamos que somos los Condenados. Lo recordamos y reímos.

Escribimos en el papel que habíamos escondido en nuestra túnica junto con las páginas escritas que les llevamos al Consejo Mundial de los Estudiosos, pero que no les dimos. Tenemos mucho que decirnos a nosotros mismos, y esperamos encontrar las palabras para decir estas cosas en los próximos días. Ahora no podemos hablar, porque no podemos comprender.

## Capítulo 9

No hemos escrito durante muchos días. No deseábamos hablar. Porque no necesitábamos palabras para recordar lo que nos había pasado.

Al segundo día de estar en el bosque oímos unos pasos detrás de nosotros. Nos escondimos entre los arbustos y esperamos. Los pasos se acercaron. Y entonces vimos la punta de una túnica blanca entre los árboles y un rayo de oro.

Saltamos, corrimos a ellas y nos quedamos viendo a la Dorada. Ellas nos vieron, y sus manos se apretaron en puños y los puños le estiraron los brazos hacia abajo como si fueran cuerdas, cual si quisieran que sus brazos las sostuvieran mientras su cuerpo se tambaleaba.

No nos atrevimos a acercarnos. Les preguntamos, y nuestra voz tembló:

«¿Cómo llegaron hasta aquí, Dorada?».

Pero ellas sólo susurraron:

«Los encontramos...».

«¿Cómo es que están aquí en el bosque?», preguntamos.

Entonces ellas levantaron la cabeza y había un gran orgullo en su voz; contestaron:

«Los seguimos».

«Oímos que se habían ido al Bosque Inexplorado, ya que toda la Ciudad habla de ello. Así que en la noche del día en que lo supimos, escapamos de la Casa de los Campesinos. Encontramos las marcas de sus pies en el suelo por el que ninguno de los hombres camina.

Las seguimos, llegamos a el bosque, y recorrimos los senderos donde las ramas estaban rotas por el paso de su cuerpo.

Su túnica estaba rota y las ramas habían cortado la piel de sus brazos, pero hablaban como si no lo notaran, como si no tuvieran cansancio o temor».

«Los seguimos», dijeron, «y los seguiremos dondequiera que vayan. Si algún peligro los amenaza, nosotros también lo afrontaremos. Si llega la muerte, moriremos con ustedes.

Ustedes están condenados y nosotros deseamos compartir su condena».

Levantaron la vista hacia nosotros, su voz era baja, había un tono de amargura y triunfo en ella:

«Sus ojos son como llamas, en los de nuestros hermanos no hay fuego o esperanza. Su boca está cortada de granito, la de nuestros hermanos es suave y humilde. Su cabeza es altiva, la de nuestros hermanos se encorva. Ustedes caminan, nuestros hermanos se arrastran. Deseamos estar condenadas con ustedes, lo preferimos a estar bendecidas con todos nuestros hermanos. Hagan lo que quieran con nosotros, pero no nos alejen de su lado».

Se arrodillaron e inclinaron su rubia cabeza ante nosotros.

Nunca pensamos lo que hicimos en aquel momento. Nos inclinamos para levantar a la Dorada, cuando nuestras manos tocaron su cuerpo, fue como si nos atacara la locura. Tomamos su cuerpo y presionamos nuestros labios contra los suyos. La Dorada respiró y en su aliento hubo una especie de gemido, entonces sus brazos se apretaron contra nosotros.

Nos quedamos juntos por un largo rato. Y nos aterrorizaba pensar que habíamos vivido veintiún años sin saber que los hombres pueden conocer la dicha.

Entonces dijimos:

«Querida nuestra. No tengan miedo del bosque. No hay peligro en la soledad. No necesitamos a nuestros hermanos. Déjanos olvidar su bondad y nuestra maldad, déjanos olvidar todo, salvo que estamos juntos y que hay dicha entre nosotros. Denos su mano. Miren hacia delante. Es nuestro mundo, Dorada, un mundo extraño y desconocido, pero nuestro».

Luego caminamos por el bosque, con su mano entre la nuestra.

Aquella noche supimos que sostener el cuerpo de una mujer entre nuestros brazos no es una cosa fea ni vergonzosa, sino el éxtasis otorgado a la raza humana.

Hemos caminado durante muchos días. El bosque no tiene fin, y nosotros no buscamos ningún fin. Cada día añadido a la cadena de los días que nos separan de la Ciudad es como una nueva bendición.

Hicimos un arco y muchas flechas. Podemos matar más aves de las que necesitamos para nuestro sustento; encontramos agua y frutas en el bosque. Por la noche, elegimos un claro entre los árboles y encendemos un anillo de fogatas a nuestro alrededor. Dormimos en el centro de este círculo y las fieras no se atreven a atacarnos. Vemos sus ojos, verdes y amarillos como carbones resplandecientes, mirándonos entre las ramas de los árboles. El fuego arde como una corona de llena de joyas a nuestro alrededor, y el humo se queda quieto en el aire en columnas que se tornan azules a la luz de la luna. Dormimos juntos en el centro del círculo; los brazos de la Dorada rodean nuestro cuerpo, su cabeza descansa sobre nuestro pecho.

Algún día nos detendremos y construiremos una casa, cuando estemos lo suficientemente lejos. Pero no tenemos que apresurarnos. Los días frente a nosotros no tienen fin, como el bosque.

No podemos comprender esta nueva vida que hemos encontrado, pero todo nos parece simple y claro. Cuando nos llegan preguntas que debemos responder, caminamos más de prisa, entonces nos volvemos a mirar a la Dorada que nos sigue. La sombra de las hojas cae sobre sus brazos mientras aparta las ramas, pero sus hombros están iluminados por el sol. La piel de sus brazos es azul como la niebla, pero sus hombros son blancos y brillantes, como si la luz en lugar de descender de arriba, surgiese de su interior. Nos fijamos en una hojita caída sobre sus hombros, que descansa en la curva de su cuello y en ella centellea una gota de rocío. Ellas se acercan a nosotros, luego se detienen, riendo, saben lo que pensamos, y esperan obedientes, sin preguntar nada, hasta que nos place proseguir el camino.

Seguimos adelante y bendecimos la tierra bajo nuestros pies. Pero las preguntas nos atormentan nuevamente, mientras avanzamos en silencio. ¿Si lo que hemos hallado es la corrupción de la soledad, qué otra cosa pueden desear los hombres que no sea la corrupción?

¿Si éste es el gran mal de estar solos, entonces, qué es el bien y qué es el mal?

Todo lo que procede de muchos es bueno. Todo cuanto procede de uno solo es malo. Esto es lo que nos han enseñado desde nuestro primer día de vida. Hemos quebrantado la ley, pero nunca lo dudamos. Ahora, mientras caminamos por el bosque, aprendemos a dudar.

No hay vida para los hombres, excepto en el trabajo útil para el bien de todos sus hermanos.

Pero nosotros no vivíamos cuando trabajábamos para nuestros hermanos, sólo estábamos cansados. No hay dicha para los hombres, excepto la compartida con sus hermanos. Pero las dos únicas cosas que nos han dado dicha fue el poder creado con nuestros cables y la Dorada. Y ambas dichas nos pertenecen a nosotros solos, vienen solo de nosotros, no tienen relación con nuestros hermanos en ninguna forma. Entonces nos preguntamos.

Hay una especie de error, un error aterrador, en el pensamiento de los hombres. ¿Cuál es este error? No lo sabemos, el conocimiento lucha dentro de nosotros, lucha para nacer.

Hoy la Dorada se pararon repentinamente y dijeron:

«Los amamos».

Pero en seguida fruncieron las cejas, movieron la cabeza y nos miraron afligidas.

«No», susurraron, «esto no es lo que queríamos decir».

Estaban en silencio, entonces hablaron despacio y sus palabras eran imperfectas, como las de un niño que aprende a hablar por primera vez:

«Nosotros somos una... sola... y única... y los amamos a ustedes que son uno... solo... y único».

Nos miramos a los ojos y comprendimos que el soplo de un milagro nos había rozado, y había volado lejos, dejándonos con una incertidumbre vaga.

Y nos sentíamos atormentados, atormentados por una palabra que no conseguíamos descubrir.





## Capítulo 10

Estamos sentados a una mesa y escribimos estos renglones sobre un papel hecho hace miles de años. La luz es débil y no podemos ver a la Dorada, sólo un rizo dorado sobre la almohada de una cama antigua. Ésta es nuestra casa.

Llegamos a ella hoy, al amanecer. Cruzamos una cadena de montañas durante muchos días. El bosque subía entre los peñascos y a dondequiera que caminábamos veíamos una barrera con grandes picos de roca al este, al oeste, al norte y al sur, hasta donde alcanzaba nuestra mirada. Las cumbres eran rojo y café, con franjas verdes de bosque como venas sobre ellas y con vapores azules que parecían velos en sus cabezas. No habíamos oído hablar nunca de estas montañas ni las habíamos visto señaladas en los mapas. El Bosque Inexplorado las había protegido de las Ciudades y de los hombres de las Ciudades.

Trepamos por senderos en los que las cabras salvajes no se hubieran atrevido a poner pie.

Piedras rodaban bajo nuestros pies y las oímos rebotar contra las rocas de abajo una y otra vez, y siempre más abajo, y las montañas resonaban como bóvedas a cada golpe y aun mucho rato después de haber cesado el ruido. Pero nosotros seguíamos adelante porque sabíamos que nadie podría seguirnos o alcanzarnos allí.

Esta mañana, al amanecer, vimos una llama blanca entre los árboles, arriba, sobre una empinada cuesta ante nosotros. Pensamos que se trataba de un incendio y nos detuvimos.

Pero la llama no se movía, aunque ondulaba como metal líquido. Y ahí, ante nosotros, sobre una cumbre espaciosa, con las montañas que se levantaban detrás de ella, había una casa como no habíamos visto otra igual, y aquel resplandor era producido por el sol sobre el cristal de sus ventanas.

La casa tenía dos plantas y un extraño techo, plano como un piso. Había más ventanas que muros en las paredes, y las ventanas eran rectas en los ángulos y no alcanzábamos a comprender cómo podía sostenerse la casa de esa manera. Los muros eran duros y lisos, de esa piedra que no parecía piedra que habíamos visto en nuestro túnel.

Ambos comprendidos sin decírnoslo: esta casa había quedado desde los Tiempos Innombrables. Los árboles la habían protegido contra el tiempo y las estaciones, y contra los hombres que son menos piadosos que el tiempo y las estaciones. Miramos a la Dorada y preguntamos:

«¿Tienen miedo?».

Ellas movieron negativamente la cabeza. Caminamos a la puerta, la abrimos y entramos en la casa de los Tiempos Innombrables.

Necesitaremos todos los días y los años que aún nos quedan por vivir para ver, aprender y comprender las cosas que hay en esta casa. Hoy, sólo podemos mirar y procurar creer en nuestros ojos. Apartamos las pesadas cortinas de las ventanas y vimos que las habitaciones eran pequeñas; al parecer no habrían podido estar aquí más de una docena de hombres.

Y pensamos que era muy raro que le hubieran permitido a los hombres construir una casa sólo para doce personas.

Jamás habíamos visto habitaciones tan llenas de luz. Los rayos del sol bailaban con colores, colores y más colores de los que nos parecían posibles, nosotros que sólo habíamos visto casas blancas, grises o cafés. Había grandes piezas de cristal sobre las paredes, pero no era cristal porque en su superficie reluciente veíamos nuestros cuerpos y las cosas que estaban detrás de nosotros, como pasó con nuestra cara en el lago. Había cosas extrañas que no habíamos visto nunca y cuyo uso ignorábamos. Y había globos de cristal en todos lados, en cada cuarto, globos de cristal sellados con telarañas de alambre dentro, como las que habíamos visto en nuestro túnel.

Encontramos el dormitorio y nos quedamos en el umbral. Porque era un cuarto pequeño que contenía dos camas. No encontramos más camas en la casa, y comprendimos que allí habían vivido dos personas solamente. Esto nos parecía incomprensible. ¿Qué tipo de mundo tenían los hombres de los Tiempos Innombrables?

Encontramos ropa y la Dorada contuvo la respiración al mirarla. Porque no eran túnicas blancas o togas blancas; eran piezas de todos los colores, no había dos iguales. Algunas se convirtieron en polvo en cuanto los tocamos, pero otras eran de tela más pesada y se sintieron suaves y nuevas entre nuestros dedos.

Encontramos una habitación con las paredes cubiertas de estanterías que contenían hileras de manuscritos, desde el suelo hasta el techo. Nunca habíamos visto tantos juntos y tampoco de una forma tan extraña. No estaban blandos ni enrollados, sino cubiertos con tapas de piel y tela, y las letras de las páginas eran tan pequeñas y estaban tan juntas que nos asombramos de que los hombres pudieran escribir así a mano. Hojeamos algunas páginas y vimos que estaban escritas en nuestro idioma, pero tropezamos con muchas palabras que no podíamos comprender. Mañana empezaremos a leer estos manuscritos.

Cuando vimos todos los cuartos de la casa, miramos a la Dorada y ambos sabíamos lo que estábamos pensando.

«Nunca dejaremos este lugar», dijimos, «ni dejaremos que nos lo quiten». Éste es nuestra hogar y el final de nuestro viaje. Ésta es su casa, Dorada, y la nuestra y no pertenece a nadie más por grande que sea la tierra. Nosotros no la compartiremos con otros, como tampoco compartimos con otros nuestra dicha, nuestro amor, nuestra hambre. Y así será hasta el final de nuestros días».

«Su voluntad se cumplirá», dijeron.

Salimos a recoger leña para el gran hogar de nuestra casa. Trajimos agua de un río que corre entre los árboles bajo nuestras ventanas. Matamos una cabra montesa y trajimos la carne para cocinarla en una extraña vasija de cobre que encontramos en un lugar lleno de cosas maravillosas que debió ser la cocina de la casa.

Hicimos todo esto solos, porque ninguna palabra nuestra pudo arrancar a la Dorada del gran cristal que no era cristal. Se quedó ante él y miraba y remiraba su propio cuerpo.

Cuando el sol se hundió entre las montañas, la Dorada quedó dormida en el suelo, rodeada de joyas, botellas de cristal y flores de seda. Levantamos a la Dorada en nuestros brazos y la llevamos a la cama, su cabeza caía suavemente sobre nuestro hombro. Encendimos una vela y trajimos papel del cuarto de los manuscritos, nos sentamos junto a la ventana, porque sabíamos que no podríamos dormir esta noche.

Ahora miramos la tierra y el cielo. Esta franja de roca, los picos y la luz de la luna son como la imagen de un mundo listo para nacer, un mundo que espera. Parece esperar de nosotros un signo, una chispa, una primera orden. No sabemos qué palabra hemos de pronunciar, ni qué gran gesto espera esta tierra de nosotros. Sabemos que espera. Debemos darle una meta, debemos darle significado a todo este espacio de roca y cielo que resplandece.

Miramos hacia delante, le rogamos a nuestro corazón la guía para responderle a esa voz que no ha sido pronunciada, pero que hemos escuchado. Miramos nuestras manos. Vemos el polvo de siglos, el polvo que oculta los grandes secretos y quizás los grandes males. Sin embargo, no suscita miedo en nuestro corazón, sino sólo piedad y silenciosa reverencia.

¡Qué nos sea revelado el conocimiento! ¿Cuál es el secreto que nuestro corazón parece haber entendido pero que no quiere revelarnos aunque parezca intentar decírnoslo con sus latidos?

## Capítulo 11

Yo soy. Yo pienso. Yo lo haré.

Mis manos. Mi espíritu. Mi cielo. Mi bosque. Esta tierra es mía.

¿Qué debo decir además de esto? Éstas son las palabras. Ésta es la respuesta.

Estoy aquí, en la cumbre de la montaña. Levanto la cabeza y alargo los brazos. Este mi cuerpo y este mi espíritu, éste es el fin de mi búsqueda. Deseaba conocer el significado de las cosas. Yo soy el significado. Deseaba encontrar justificación para ser, y no palabras de sanción por ser. Yo soy la justificación y la sanción.

Son mis ojos los que ven, y la mirada de mis ojos confiere belleza a la tierra. Son mis oídos los que escuchan, y mi capacidad de escuchar le da música al mundo. Es mi mente la que piensa, y el juicio de mi mente es la única luz que puede encontrar la verdad. Es mi voluntad la que elige y la elección de mi voluntad es el único edicto que debo respetar.

Me dieron muchas palabras, algunas son sabias, otras son falsas, pero sólo tres son sagradas: «¡Yo lo haré!».

En cualquier camino que tome, la estrella guía está en mi interior; la estrella guía y la brújula que apunta la dirección. Apuntan en una dirección. Apuntan hacia mí.

No sé si esta tierra en la que estoy parado es el corazón del universo o si sólo es una partícula de polvo perdido en la eternidad. No lo sé ni me preocupa. Lo que sé es que la felicidad es posible para mí en la tierra. Y mi felicidad no necesita un fin superior para ser posible.

Mi felicidad no es un medio para ningún fin. Ella es el fin. Ella es la meta. Ella es su propio propósito.

Tampoco yo soy el medio para ningún fin que cualquier otro quiera cumplir. No soy una herramienta para ser usada. No soy un sirviente para sus necesidades. No soy una cura para sus heridas. No soy una pieza de sacrificio para sus altares.

¡Yo soy un hombre. Este milagro de ser yo es mío para poseerlo y conservarlo, mío para cuidarlo, y mío para usarlo, mío para arrodillarme ante él!

No cedo mis tesoros ni los comparto. La riqueza de mi alma no debe ser recogida en pedazos de cobre y esparcida al viento como limosna para los pobres de espíritu.

Yo guardo mis tesoros: mis pensamientos, mi voluntad y mi libertad. Y el más grande es mi libertad.

No le debo nada a mis hermanos, ellos tampoco tiene ninguna deuda para conmigo. No le pido a nadie que viva para mí, ni yo vivo para nadie. No deseo el alma de ningún hombre, no quiero que nadie desee la mía.

No soy ni amigo ni enemigo de mis hermanos, soy tan sólo como cada uno de ellos puede merecerme. Y para lograr mi amor, mis hermanos han de hacer algo más que haber nacido.

Yo no concedo mi amor sin razón, ni al primero que pasa y me lo pide. Honro a los hombres concediéndoles mi amor. Pero el honor es algo que debe ser ganado.

Podré escoger amigos entre los hombres, pero no dueños ni esclavos. Y elegiré solamente los que me gusten, y les honraré, les amaré y respetaré, pero no les obedeceré sus órdenes.

Uniremos nuestras manos cuando lo deseemos e iremos solos cuando nos parezca preferible. Porque en templo de su espíritu, cada hombre está solo. Dejemos que cada hombre mantenga su templo intacto e inmaculado. Y entonces, que una sus manos a las de los otros si así lo desea, pero solamente afuera de ese lugar sagrado.

La palabra «nosotros» no debe ser pronunciada, salvo por la elección de cada uno y después de pensarlo dos veces. Esta palabra nunca debe ser puesta primero en el alma de los hombres, porque se convierte en un monstruo, en la raíz de todos los males en la tierra, la raíz de la tortura de los hombres por los hombres y es una mentira impronunciable.

La palabra «nosotros» fue como cal que se coló entre los hombres, que los endureció como la piedra, y destruyó todo dentro de ellos, y todo lo que era blanco y lo que era negro se ha perdido por igual en una forma gris. Ésta es la palabra con la que lo depravado roba la virtud a lo bueno, por la que lo débil le roba la voluntad a la fuerza, por la que los tontos le roban la sabiduría a los sabios.

¿Qué sería de mi dicha, si todas las manos, incluso las más inmundas, pudieran aferrarla?

¿Qué sería de mi sabiduría, si hasta los tontos pudieran influir sobre mí? ¿Qué sería mi libertad si todas las criaturas, aun las más viles e impotentes, fueran mis dueños? ¿Qué sería mi vida, si tuviera que inclinarme, aprobar y obedecer?

Pero yo ya acabé con este credo de corrupción.

Yo acabé con el monstruo del «nosotros», la palabra de servidumbre, de saqueo, de miseria, mentira y vergüenza.

Y ahora contemplo el rostro de dios, y levanto a este dios sobre la tierra, este dios que los hombres han deseado desde que existen, este dios que les dará la dicha, la paz y el orgullo.

Este dios, esta sola palabra: «Yo».

## Capítulo 12

Sucedió que cuando estaba leyendo el primero de los libros que encontré en mi casa encontré la palabra «Yo». Y cuando entendí esta palabra, el libro se me cayó de las manos, y yo también caí al suelo y lloré, yo que nunca conocí las lágrimas. Lloré por mi liberación y de compasión hacia todos los hombres.

Entendí la bendición en todo aquello que yo había llamado mi maldición. Entendí por qué lo mejor en mí habían sido mis pecados y mis transgresiones; y por qué nunca me sentí culpable por mis pecados. Entendí que siglos de cadenas y de látigos no pueden acabar con esta verdad en el cuerpo del hombre.

Leí muchos libros, durante muchos días, luego llamé a la Dorada y le dije lo que había leído y aprendido. Me miró y sus primeras palabras fueron:

«Yo te amo».

Entonces dije:

«Querida mía, no es bueno para los hombres no tener un nombre. Hubo un tiempo en que cada uno de los hombres tenía un nombre que le distinguía de los demás. Debemos elegir nuestros nombres. Leí sobre un hombre que vivió hace miles de años, y de todos los hombres de este libro, es el suyo el que quiero llevar. Él tomó la luz de los dioses y la llevó a los hombres, y le enseñó a los hombres a ser dioses. Y sufrió por tal hazaña como deben sufrir todos los portadores de luz. Su nombre era Prometeo».

«Ese será tu nombre», dijo la Dorada.

«Y he leído de una diosa», dije, «que era la madre de la tierra y de todos los dioses. Su nombre era Gea. Ese éste tu nombre, Dorada mía, porque nosotros hemos de construir un nuevo mundo y tú has de ser la madre de una nueva casta de dioses».

«Ese será mi nombre», dijo la Dorada.

Ahora miro adelante. Mi futuro está claro ante mí. El Santo de la hoguera vio el futuro cuando me escogió como heredero, como heredero de todos los santos y todos los mártires que le precedieron y que perecieron por la misma causa, por la misma palabra, cualquiera que fuese el nombre dado a su causa y a su verdad.

Viviré aquí, en mi propia casa. Tomaré mi comida de la tierra por el trabajo de mis propias manos. Aprenderé los secretos de todos mis libros. A través de los años por

venir, reconstruiré los logros del pasado, y abriré el camino para llevar más lejos esos logros abiertos para mí, pero cerrados para mis hermanos, porque sus mentes están trabadas por las cadenas mantenidas por los más débiles y por los más ignorantes que ellos.

Aprendí que el poder del cielo era conocido por los hombres hace mucho tiempo; ellos lo llamaban Electricidad. Era el poder que movía sus mejores inventos. Iluminaba esta casa con la luz que difundían esos globos de cristal en las paredes. Encontré la máquina que producía la luz. Aprenderé el modo de arreglarla y hacer que trabaje de nuevo. Aprenderé a usar los cables que conducen este poder. Entonces construiré una barrera de cables alrededor de mi casa y a través de los senderos que conducen a ella. Una barrera sutil como una telaraña y más impenetrable que un muro de granito. Una barrera que mis hermanos no serán capaces de atravesar. Porque ellos no tienen nada con que pelear conmigo, salvo la fuerza bruta de sus números. Yo tengo una mente.

Luego, aquí en la cumbre de la montaña, con el mundo debajo de mí y nada por encima excepto del sol, viviré mi verdad. Gea lleva en su seno a mi hijo. Él será criado para decir «Yo» y afrontar el orgullo de ello. Le enseñaré a ir derecho y con sus propios pies, le enseñaré el respeto hacia su propio espíritu.

Cuando haya leído todos los libros y haya aprendido mi nuevo camino, cuando mi casa esté preparada, y mi tierra cultivada, iré secretamente, y por última vez, a la Ciudad maldita donde he nacido. Llamaré a mi amigo que no tiene más nombre que Internacional 4-8818, y a todos los que se le parecen, a Fraternidad 2-5503 que llora sin motivo, a Solidaridad 9-6347 que pide auxilio en la noche, y a pocos más. Llamaré a mi lado a todos los hombres y mujeres cuyo espíritu no haya sido ahogado en ellos y que sufren bajo el yugo de sus hermanos.

Ellos me seguirán y yo los conduciré a mi fortaleza. Y aquí, en esta soledad desconocida, yo junto a ellos, mis amigos, mis compañeros en la tarea de construcción, escribiremos el primer capítulo de la nueva historia del hombre.

Esto es cuanto tengo delante. Y mientras estoy aquí en el umbral de la gloria, miro por última vez hacia atrás. Miro la historia de los hombres que he aprendido en los libros y me quedo asombrado. Es una larga historia y el que la dictaba era el espíritu de la libertad humana.

Pero ¿qué es la libertad? ¿Libertad de qué? No hay nada que pueda arrebatarse la libertad a un hombre que no sean otros hombres. De modo que, que para ser libre, un hombre debe liberarse de sus hermanos. Ésta es la Libertad. Ésta y sólo ésta.

En un principio el hombre fue esclavizado por los dioses. Pero él rompió las cadenas. Entonces fue esclavizado por los reyes y por las muchedumbres que se inclinaban ante los reyes.

Mas él rompió aquellas cadenas. Fue esclavizado por su nacimiento, por su gente. Mas él rompió aquellas cadenas. Él declaró a todos sus hermanos que el hombre tiene derechos que ni dios, los reyes o los otros hombres pueden arrebatarse.

Él se quedó en el umbral de la libertad por la que tanta sangre se derramó en los siglos que le habían precedido.

Pero entonces se rindió, perdió lo que había ganado y cayó más abajo que su salvaje comienzo.

¿Qué hizo que esto pasara? ¿Qué desastre tomó la razón y la llevó lejos de los hombres?

¿Qué látigo les hizo arrodillarse vergonzosa y sumisamente? La adoración a la palabra «nosotros».

Cuando los hombres aceptaron esa adoración, la estructura de los siglos cayó hecha polvo a sus pies, aquella estructura cuyas semillas nacieron cada una del pensamiento de un hombre distinto, cada cual en su tiempo, a través de los siglos, de la profundidad de un espíritu que existía sólo para sí mismo. Los hombres que sobrevivieron —los que desearon obedecer, los que deseaban vivir para los otros, desde el momento que no tenían otra cosa que los reivindicara—, aquellos hombres no pudieron ni continuar ni conservar lo que había recibido, hicieron que toda la ciencia, toda la sabiduría pereciera sobre la tierra. De este modo los hombres, aquellos hombres que no tenían nada que ofrecer excepto su gran número, perdieron las torres de acero, y los barcos voladores y los potentes hilos que no habían creado y que no podían conservar. Quizás luego nacieron hombres cuyo talento y valor hubieran podido encontrar de nuevo las cosas perdidas; quizás estos hombres se presentaron ante el Consejo de los Estudiosos. Se les contestó como se me contestó a mí, y por las mismas razones.

Todavía me pregunto cómo fue posible, en aquellos tristes días de transición, hace tanto tiempo, que los hombres no vieran hacia dónde se dirigían, y siguieron adelante débiles y ciegos, hacia su destino. Me asombra, porque es difícil para mí concebir cómo hombres que conocían la palabra «Yo», pudieron abandonarla sin saber lo que habían perdido. Pero ésta ha sido la historia, porque yo he vivido en la Ciudad de los malditos, y sé del horror que los hombres permitieron que se esparciera sobre ellos.

Tal vez, en aquellos días, había entre ellos unos cuantos hombres, algunos pocos de claro entendimiento, algunos de alma y mirada clara, que se negaban a entregar el mundo. ¡Qué agonía debió de ser comprender lo que se les venía encima y sin poder evitarlo! Quizás gritaron en señal de protesta y de alarma. Y ellos, esos pocos, pelearon una batalla sin esperanza, y perecieron con sus banderas empapadas en su propia sangre. Y prefirieron morir, porque sabían. A ellos envió mi saludo y mi piedad a través de los siglos.



Suya es la bandera en mi mano. Y quisiera poder decirles que la desesperación de sus corazones no debió ser completa, ni su noche sin esperanza. Porque la batalla que perdieron no puede perderse jamás. Aquello por cuya salvación murieron no puede perecer. A través de toda la oscuridad, a través de toda la vergüenza de que son capaces los hombres, aunque sea durante siglos y siglos, el espíritu del hombre permanecerá vivo sobre la tierra. Puede dormir, pero se despertará. Puede estar atado con cadena, pero se liberará. Y el hombre seguirá adelante. El hombre, no los hombres.

Aquí, en esta montaña, yo, mis hijos y mis amigos escogidos, construiremos nuestro país y nuestro fuerte. Y éste se transformará en corazón de la tierra, perdido y oculto en los primeros momentos, pero que latiendo, latiendo, latiendo más fuerte cada día. Y la noticia llegará a todos los rincones de la tierra. Y los caminos del mundo serán como venas que llevarán la sangre mejor a mi puerta. Y todos mis hermanos, y los Consejos de mis hermanos oirán hablar de ello, pero nada podrán contra mí. Y llegará el día en que quebraré las cadenas de la tierra, arrasaré las ciudades de los esclavos y mi hogar se convertirá en la capital de un mundo donde cada hombre será libre de existir para sí mismo.

Por la llegada de ese día lucharé Yo, mis hijos y mis amigos. Por la libertad del hombre. Por sus derechos. Por su honor.

Y aquí, en el portal de mi fortaleza, grabaré en piedra la palabra que ha de ser nuestra antorcha y nuestra bandera. La palabra no morirá, aunque perezcamos todos en la batalla. La palabra que no puede morir sobre esta tierra, porque es su corazón, su espíritu y su gloria.

La palabra sagrada:

EGO